

EL LEGADO DE FRANCISCO BAUZÁ (I y II)

Carlos Pareja

1. La convocatoria a los herederos de Bauzá

Las múltiples actividades públicas de Francisco Bauzá pueden nuclearse en torno a cuatro ejes de apuestas, en cada una de las cuales se involucró a fondo, volcando generosamente sus mejores y más sostenidos empeños, desde sus años de juventud y hasta su muerte. Se dedicó a la historiografía, en su doble dimensión de indagación y de docencia. Desarrolló intensas y prolongadas actividades cívicas y militancias políticas, asumiendo diversos cargos de gobierno, tribunas y responsabilidades partidarias. Fue un combativo y prolijo defensor de los dogmas y de los propuestas morales de la religión católica, a partir de confrontaciones argumentales rigurosas y del manejo erudito de los desarrollos científicos de su época. Asumió labores pioneras en el campo del análisis crítico, tanto de la producción literaria nacional, como de los antecedentes y las elaboraciones constitucionales locales. Por último, desplegó protagonismos decisivos como fundador y animador de múltiples instituciones pioneras en su género y en su modalidad de inserción en el medio.

A lo largo de cada uno de esos ejes, sus aportes e iniciativas dejaron improntas duraderas, convirtiéndose en los recorridos inaugurales de otras tantas trayectorias acumulativas que han logrado prolongarse vigorosamente hasta nuestros días. Incluso aquella empresa fundacional que resultó condenada a una vida efímera - la Universidad Católica - ha encontrado su continuidad a través de la institución académica que hoy, a cien años de su muerte, brinda a Bauzá su homenaje agradecido, reconociendo en él a su antecedente inspirador. Así, pues, a la hora de inventariar el legado de Bauzá, los emplazados en forma inexcusable - y con las mejores credenciales - son sus herederos más directos, los prolongadores de sus emprendimientos, de sus convicciones religiosas y de sus militancias políticas: los historiadores nacionales, los miembros de la comunidad católica uruguaya, los encolumnados detrás de las banderas del Partido Colorado, así como los asociados y usuarios de aquellas instituciones a las que ayudó a gestar.

Y bien, no soy historiador, no profeso religión alguna, no tengo afinidad con las orientaciones ni con las conductas asumidas por el Partido Colorado, ni he estado asociado a alguna de las mencionadas organizaciones civiles, de modo que mi participación en este ciclo de conferencias no puede figurar como un intento de honrar deudas directas. Por cierto, a la hora de apreciar y rescatar el legado de Bauzá en todos sus alcances, no cabe convocar solamente a sus más cercanos e inequívocos deudos, excluyendo a cualquier otra fuente de testimonios, en particular, los alineados con inspiraciones muy distanciadas de las del propio Bauzá, como ocurre en mi caso. Con todo, esa ampliación de los testimonios inicialmente convocados no habilita a una apertura indiscriminada y, por el contrario, obliga a exhibir credenciales de idoneidad específica sobre alguno de los territorios en los que incursionó el homenajeado. Y bien, emplazado a exhibir tales credenciales, me encuentro en una extremada e irreparable orfandad: no he frecuentado asidua y sistemáticamente sus obras escritas y padezco de una robusta ignorancia acerca de sus actuaciones públicas - como legislador, embajador, ministro, periodista, etc. - así como de la época y el medio en que le tocó vivir. Tal ignorancia se extiende a todo lo relativo a la evolución de las doctrinas eclesiales a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, a las sucesivas respuestas a los distintos desafíos sustanciados por las orientaciones secularizantes y anticlericales que tan vigorosamente arraigaron en nuestro medio, de modo que carezco de la competencia mínima requerida como para incursionar en las distintas controversias en las que Bauzá asumió protagonismos destacados.

2. Un aporte marginal y profano al rescate del legado de Bauzá

¿A qué responde, pues, mi intervención en estos eventos recordatorios? Y, en todo caso, ya que ningún título de idoneidad respalda dicha intervención, ¿cuáles son las deudas de gratitud que nos toca pagar a los herederos indirectos del legado de Bauzá y qué aportes específicos podemos hacer los testigos profanos al rescate de dicho legado? El primer interrogante puede ser despejado en términos triviales: la culpa o el mérito recae enteramente en José Pedro Rilla. Corresponde aclarar que entre todas las personas que me ha tocado frecuentar, José Pedro se ubica en el grupo selecto de las que más admiro y respeto. Trabajar a su lado, poder contar con él como interlocutor permanente, ha sido uno de los mejores regalos que debo agradecer a la generosidad del destino. Sólo que tales regalos, si bien uno no se los merece - como dice la propaganda de los jugos Tang - vienen con su contrapartida de compromisos: uno tiene que estar a la altura de los desafíos y las exigencias que tales interlocutores asumen para sí mismos. En particular, si Usted incurre en el error de manifestar ante José Pedro su entusiasmo por algún asunto o autor, Usted se encontrará desafiado a explicitar las razones de dicho entusiasmo.

La teoría implícita no puede ser más sana y rendidora: si tienes una buena nueva, no te la guardes para ti, haz el esfuerzo de exponerla a los demás, explicándoles tus razones para considerar que se trata de algo pertinente y relevante. Todos resultamos gananciosos: el entusiasta se encuentra emplazado a medir sus hallazgos de modo que los mismos resulten compartibles por otros y puedan trascender el plano de sus afinidades meramente personales. Y, por supuesto, todos los demás, en cuanto destinatarios potenciales de las buenas nuevas, salen beneficiados con ese disciplinamiento de la admiración y del encomio. No cabe duda, pues, de que es una buena teoría y una estrategia rendidora, sólo que no es inmune a deficiencias y omisiones. En particular, la misma falla cuando el responsable no asume el trabajo que le ha sido asignado. José Pedro confió en que yo prepararía una exposición que diera cuenta de los encomios superlativos con que le comentaba mis escasas incursiones en la obra de Bauzá: él fue tan confiado como para apostar a que mi intervención estaría a la altura de mis expresiones de entusiasmo, mientras que yo me dejé estar creyendo que tenía entre manos un enfoque novedoso y compartible para valorizar la herencia dejada por el homenajeador. Y ahora, llegado el momento de poner las cartas arriba de la mesa, me doy cuenta que mi testimonio sólo consiste en algunos escasos y oscuros barruntos acerca de una deuda generacional contraída con Bauzá y que, para peor, no estoy en condiciones de aportar los elementos de juicio y de probanza requeridos para articular y solventar dichos barruntos, de modo que les he fallado a ambos, a Rilla y a Bauzá.

3. El despilfarro de un legado

Sólo ahora, enfrentado a la tarea de formular los alcances precisos de esa deuda que todos los uruguayos, en cuanto herederos directos e indirectos, profanos e idóneos, hemos contraído con la generación de Bauzá, empiezo a advertir la diversidad y magnitud de los problemas conceptuales que sería preciso allanar para completar cabalmente dicha formulación. En último término, mis entusiasmos en torno a la trayectoria y a la obra de Bauzá están inseparablemente asociados a un balance en virtud del cual nuestro endeudamiento generacional no se configura a partir de los legados acumulados por nuestros antepasados, si no como resultado de los despilfarros en que hemos incurrido los herederos. Dicho de otra manera, habríamos quedado a mano con ellos si hubiéramos estado a la altura de esa herencia enjundiosa, si hubiéramos sabido administrarla y cultivarla, prolongando la cadena de acumulaciones, la grandeza de miras y compromisos que nos correspondía trasladar, reformulados y ampliados, a nuestros sucesores. Así, pues, mi contribución específica a este ciclo de homenajes pretendía discernir un contraste entre aquellas acumulaciones y los posteriores despilfarros, entre aquellas ambiciones innovadoras y apuestas arriesgadas, por un

lado y, por el otro, los actuales relatos resignados y provincianos, asociados a propuestas rutinarias y redundantes.

Debo confesar el origen de los materiales que me sirvieron como punto de partida para elaborar la hipótesis del despilfarro intergeneracional, admitiendo, a la vez, su carácter poco riguroso e, incluso, arbitrario. Ocurre que mi abuelo nació en 1856, de modo que su trayectoria vital arrancó en paralelo con las de toda una generación de uruguayos nacidos entre 1845 y 1859, entre los que figuran el propio Bauzá, Zorrilla de San Martín, Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos M. Ramírez, Duvimoso Terra, Martín C. Martínez, Carlos María de Pena, Francisco Berra, Eduardo Acevedo Díaz, Luis Melian Lafinur, Eduardo Brito del Pino, Martín Aguirre, Juan Carlos Blanco, Francisco Lavandeira, Mariano Soler, Aureliano Rodríguez Larreta, Julio Herrera y Obes, Aparicio Saravia, José P. Varela, José Batlle y Ordóñez, etc. En un segundo escalón, a nivel de lo que podríamos designar por comodidad "los hijos de Bauzá", mi padre nació en el año 1900, siendo más o menos coetáneo de Berreta, Batlle Berres, Fernández Crespo, Eduardo V. Haedo, Gestido, Carlos Quijano, etc., es decir, de una generación que asumió la posta intergeneracional a partir de la cuarta y la quinta décadas del siglo XX. Yo nací en 1935 y me ubico en esta secuencia narrativa, repleta de clivajes arbitrarios, entre "los nietos de Bauzá": soy un poco menor que Jorge Batlle y Wilson Ferreira, un poco mayor que Lacalle, y más o menos coetáneo de Julio Sanguinetti, Raúl Sendic, José Mujica, García Costa, Gargano, etc., es decir de aquellas cohortes que empezaron a asumir responsabilidades de primer nivel hacia fines de los años 60.

Es interesante destacar que cada una de esas tres generaciones tuvo su correspondiente aporte a la historiografía nacional y, que a lo largo de ese eje la secuencia temporal se mantiene en paralelo con una acumulación conceptual bastante prolija. La figura del Bauzá historiador se destaca en "la generación de los abuelos" y su contribución deja trazados los marcos dentro de los cuales se inscribirán los aportes de "la generación de los hijos" (Pivel Devoto) y la de "los nietos" (Barrán y Nahum). Por cierto, este recuento generacional establece agregaciones y separaciones arbitrarias, a la vez que deja fuera a otras figuras y aportes. A nivel de la pintura, Blanes puede ser incorporado a la generación de los abuelos, pero no parece haber lugar para Figari, Barradas y Torres García. En el caso de la historiografía, ¿dónde se ubicaría a Alberto Methol -mi abnegado comentarista- a Carlos Zubillaga, Mario Jacob, José Pedro Rilla y Gerardo Caetano? Y en otros terrenos, ocurre algo parecido con Luis A. Herrera, Washington Beltrán y José E. Rodó. Para otros uruguayos, el recuento generacional es completamente distinto y se desfasa del mío en sus hitos temporales: Villanueva Saravia era tataranieta de Aparicio y, por lo tanto, tenía que remontar cuatro eslabones generacionales para "llegar a Bauzá", mientras que en mi caso, bastan con dos.

Al tomar esa secuencia generacional, al margen de sus múltiples falencias, como punto de partida para enjuiciar a mi generación y a la de mi padre como herederas de la de mi abuelo y como administradoras de su legado, no puedo eludir mi cuota de responsabilidad y de complicidad en lo que a todas luces parece perfilarse como un despilfarro de dicho legado. En efecto, cualquiera sea el campo que se elija - desde la jurisprudencia, la historiografía, el discernimiento institucional y la percepción de los escenarios más allá de las fronteras, las iniciativas empresariales, los oficios y las artesanías, hasta el periodismo - todas las pistas apuntan en la misma dirección: nuestros abuelos, a quienes les tocó vivir en medio de convulsiones, precariedades y conflictos, huérfanos de comodidades y facilidades, desplegaron energías, audacias y rigores disciplinarios acordes con sus pretensiones indeclinables a medirse con los parangones más exigentes disponibles en su época, mientras que sus hijos y sus nietos, exonerados de las peores fatigas y restricciones, no supimos resistir a la tentación de dejarnos deslizar por una pendiente de complacencias provincianas que sólo podía desembocar en una prolongada secuencia de inercias y resignaciones impotentes.

4. Un balance difícil de confeccionar

A primera vista, para solventar ese enjuiciamiento crítico intergeneracional alcanzaba con inventarios aproximativos y de trazos gruesos de las trayectorias acumulativas cumplidas en algunos rubros ejemplarizantes. Y bien, recién ahora, cuando ya es demasiado tarde, me vengo a percatar que la confección de tal balance, no sólo es una tarea que desborda mis competencias, si no que, además, y como ya fue insinuado, responde a una pregunta mal formulada - quizás a un pseudo-interrogante - que sólo puede desembocar en una colección de equívocos. Por lo pronto, el manejo de los clivajes generacionales se presta a toda clase de confusiones, ya que implica juntar desprolijamente dos tipos de conexiones temporales, la de índole biológica - el vínculo entre padres e hijos - con aquellos otros encadenamientos que ordenan la sucesión de protagonismos concurrentes y sus impactos irreversibles sobre la posterioridad. No es preciso insistir sobre el punto, por cuanto ya se han acumulado suficientes evidencias al respecto como para justificar sanas desconfianzas sobre el uso de los clivajes generacionales, con sus incorregibles arbitrariedades.

En segundo lugar, las dificultades se multiplican al pretender incursionar en el terreno de los legados, los balances y los despilfarros. Cuando se intenta establecer aquellas unidades de cuenta que permiten comparar herencias y administraciones, se termina forzando una artificial uniformización de las agendas de desafíos y compromisos que le toca asumir los pueblos en cada tramo de su trayectoria. A esta altura, es preciso recordar que el legado más vigoroso sólo encuentra su mejor continuidad en aquellas retomas revisionistas e innovadoras, que aciertan, no sólo a poner a luz sus falencias, si no, también, a alumbrar senderos inéditos y a aventurarse en los territorios todavía no explorados, en los que las acumulaciones heredadas ya no sirven más que como lejanas y vagas inspiraciones. En esa medida, ¿queda algún margen para el reproche legítimo de despilfarro de una herencia, sin quedar atrapados en una condena de todo inventario revisionista, aún el más respetuoso, en un conservadurismo rutinario y, lo que es peor, en un cerrarle el paso a cualquier avance innovador? Y en el propio reproche que en nombre de un pasado encumbrado, alimentado por hallazgos recientes y certezas firmes, se hace recaer sobre un presente deslucido y plagado de incertidumbres, ¿no se esconden gruesos malentendidos y otros tantos balances injustos? ¿Acaso la evolución de la música y de la pintura occidentales no desembocaron inevitablemente en el siglo XX en ciertos tramos de agotamiento y de búsquedas despistadas, después de una secuencia acelerada de logros e innovaciones? ¿No ocurre algo parecido en el caso de las conquistas democráticas y en los arreglos destinados a corregir o compensar asimetrías injustificables?

En todo caso, para no quedar atrapados en esas perspectivas y balances distorsionadores, y para arribar a algún contraste esclarecedor entre el legado de Bauzá y la forma en que lo hemos retomado y prolongado, ¿no sería preciso renunciar a enfoques profanos, con sus contabilidades demasiado "genéricas" - tan vagas como incontrastables - para dar paso a inventarios discriminados a lo largo de cada una de las vertientes específicas de su obra pública y de los recorridos posteriores? Y aún suponiendo que lográramos esbozar un balance cívico-moral, accesible al ojo profano y no distorsionante, todavía tendríamos que encontrar los medios conceptuales para evitar una falla que acecha a este tipo de contrastes intertemporales. Me refiero a sus dificultades a la hora de discriminar dos tipos de trayectorias muy disímiles: aquellas en las que cabe hablar de genuino y culposo despilfarro de las herencias previamente acumuladas, por un lado y, por el otro, aquellas otras en las que si bien se registran algunas desaceleraciones y desinversiones, las mismas resultan, o bien inevitables en función de constelaciones adversas de circunstancias, o bien excusables por el agotamiento de los senderos disponibles. Así, por ejemplo, Inglaterra desplegó una trayectoria ascendente a lo largo del siglo XIX, ocupando posiciones pioneras a lo largo de ejes tales como la abolición de la esclavitud, la generalización de las libertades y prerrogativas cívico-políticas, el desarrollo de los partidos políticos y las organizaciones sindicales, la revolución industrial, la navegación y el comercio a niveles planetarios, etc., lo que le permitió asumir funciones rectoras y de arbitraje sobre los destinos de otras naciones. Si se toma el punto más alto de esa trayectoria como base para un balance, los recorridos cumplidos a lo largo del siglo XX figuran como una secuencia de sucesivas disminuciones y deterioros. Sin embargo, mientras resulta

notoriamente inapropiado referirse a esa secuencia como un "despilfarro de cierto legado de recursos y oportunidades", con sus connotaciones culposas, quizás podría justificarse dicho balance en los casos de España, Argentina y Uruguay. Se torna preciso, pues, identificar aquellos criterios restrictivos que permitan reagrupar y diferenciar a las distintas trayectorias, así como discernir los sesgos que se asocian específicamente a las distintas modalidades de administración de una herencia.

Así, pues, para levantar las objeciones que hemos venido acumulando en torno a nuestro balance de un despilfarro generacional del legado de Bauzá - en cuanto representante de un tramo de cierto recorrido compartido - debemos enfrentar un doble desafío. Por un lado, dada nuestra escasa idoneidad para incursionar en cada una de las vertientes específicas de la obra pública de Bauzá, tenemos que perfilar y justificar la pertinencia de un enfoque profano para contabilizar el supuesto despilfarro, sin terminar atrapados en los inoperantes pantanos sociocéntricos que se esconden detrás de rótulos tales como "matriz sociocultural", "identidad nacional", "imaginario colectivo", etc. Por otro lado, nos vemos obligados a hilar más fino para discernir entre las distintas trayectorias de acumulación y de desacumulación, otorgándole un tratamiento conceptual diferente a aquellas que revisten connotaciones culposas. La superación de este segundo desafío resulta decisiva. Y es que, sin introducir algún tipo de recaudos, se corre el riesgo de terminar autorizando una explosión de imputaciones de responsabilidades generacionales que recaerían en forma indiscriminada sobre los más disímiles casos. En efecto, tales imputaciones constituyen la secuela inevitable de aquellos relatos trivializadores, con arreglo a los cuales la continuidad acumulativa de logros estaría asegurada de antemano, de modo tal que cualquier desviación en esa trayectoria lineal, cualquier tropiezo, desaceleración o retroceso, deberían ser remitidos a la interferencia de desaciertos específicos y a la introducción de impedimentos espurios y, por lo tanto, a la asunción culposa de sesgos desviados. De ese modo, resultaría obligatorio suponer, a vía de ejemplo, que los españoles, los ingleses, los argentinos y los uruguayos, en algún momento de su historia, se aferraron obstinadamente a creencias y normas erróneas, lo que explicaría sus desviaciones con respecto a la senda del progreso que habían empezado a recorrer y justificaría la referencia al despilfarro de una herencia.

Por cierto, si ése fuera el precio a pagar para fundar nuestros barruntos a propósito de la deuda contraída con la generación de Bauzá, entonces, más valdría renunciar definitivamente a ellos. ¿Es posible sostenerlos sin caer en los relatos trivializadores? ¿Cabe formular algún tipo de balance intergeneracional no arbitrario del encadenamiento de legados y de sus administraciones que, además de no desembocar en ese tipo de relatos, pueda instalarse en un eje no especializado, accesible al profano, sin descender a las vertientes de acumulaciones específicas, ni permanecer sobrevolando en un inasible nivel global, sobreabarcador?

5. Un cotejo esclarecedor

Me animo a responder afirmativamente a ambos interrogantes y, por lo mismo, considero que las principales objeciones pueden ser levantadas y los dos desafíos correspondientes de reformulación conceptual pueden ser dilucidados. Por supuesto, no es posible abordar aquí dicha reformulación en todos sus alcances, considerando todas las trayectorias y sesgos acumulativos imaginables. Es preciso, pues, contentarnos provisoriamente con un dispositivo conceptual grosero, de muy reducidos alcances. A tales efectos, procederemos a extraer algunas indicaciones rendidoras a partir de un cotejo esclarecedor entre las trayectorias recorridas por los experimentos de consolidación cívica e institucional argentino y uruguayo.

A diferencia de lo ocurrido en el caso argentino, sobre ninguno de los sucesivos tramos del experimento uruguayo puede recaer el reproche de incurrir en sesgos dilapidatorios de dotaciones ventajosas de recursos y oportunidades recibidas o acumuladas por generaciones anteriores. Tal

reproche parece enrostrable a las generaciones argentinas que asumieron la posta a partir de 1930. En efecto, desde la mitad del siglo pasado en adelante los logros alcanzados por el experimento argentino podían cotejarse ventajosamente - tanto en términos de los niveles de vida de su población, como de su logros educativos, artísticos y académicos - con los más exitosos y prósperos, sacando buen partido de sus generosísimos recursos naturales y de flujos inmigratorios a los que se había sabido atraer y arraigar. A partir de 1930, dicho experimento se encontró expuesto a un triple desafío y emplazado a remontar tres empinadas pendientes. A esa altura, en efecto, resultaba impostergable procesar: (i) la incorporación de los miembros de las franjas de menores ingresos y riquezas, así como de las categorías laborales con bajas calificaciones al pleno ejercicio de sus habilitaciones cívicas y políticas, lo que requería la formación de nuevos partidos y su inserción pacífica en un renovado y consolidado sistema de partidos; (ii) el reordenamiento innovador de los principales circuitos económicos y financieros tradicionales, desquiciados por la pérdida de sus inserciones privilegiadas en los mercados mundiales de commodities y de capitales; (iii) la consolidación vigorosa y en profundidad de los distintos sectores industriales. Las tres tareas, tomadas por separado y en conjunto, exigían el despliegue de músculos democráticos, así como de competencias y virtudes institucionales, a un nivel de exigencias mucho más elevado que el que hasta entonces había sido necesario ejercitar y cultivar. Y bien, no es demasiado arriesgado resumir los tramos recorridos con posterioridad a 1930 con un balance deficitario, sobre todo si se los mide con referencia a los tramos previos. A partir de esa fecha, el experimento argentino alineó fracasos reiterados en los frentes mencionados, abriendo paso a un ciclo de deslegitimaciones, corrupciones y quiebres institucionales, así como de desarrollos económicos caracterizados por la precariedad y por la sucesión de alzas y derrumbes, al punto tal que una comunidad que antes había sido uno de los destinos más promisorios y acogedores para los emigrantes europeos, terminó impulsando flujos emigratorios.

Lo interesante del caso es que a las generaciones argentinas que asumieron la posta en 1930 no se les puede reprochar que hayan despilfarrado una caudalosa y consolidada herencia. Tal reproche sólo podría derivar de un balance tan arbitrariamente sesgado como mal documentado y, en particular, de un relato trivializador y fantasioso, construido desprolijamente sobre el olvido de las tres empinadas pendientes a remontar, así como de un inventario engañoso de la supuesta herencia. Esta, en efecto, enfrentada a demandas exigentes e impostergables, no había demorado mucho en deslizarse aceleradamente hacia una bancarrota, exhibiendo así, no sólo sus mediocres desempeños acumulativos de recursos idóneos y de antecedentes confiables para enfrentar desafíos inéditos, si no, también, las múltiples endebleces y vulnerabilidades que, a nivel de sus cimientos, venía arrastrando el experimento argentino. No sería justo, pues, concentrar las culpas en las generaciones que asumieron la herencia argentina desde 1930 en adelante.

Y a lo anterior cabe todavía añadir que dicha acusación de despilfarro, una de dos: o bien se disuelve en un reproche trivialmente aplicable a una amplia mayoría de los casos parangonables, o bien constituye un fallo injusto con el experimento argentino, toda vez que la trayectoria cumplida por éste, cotejada con las asumidas contemporáneamente por los restantes experimentos, no exhibe severas anomalía ni desviaciones particularmente perversas. Por el contrario, salvo contadísimas excepciones, las más diversas naciones, tanto de la región como fuera de ella, experimentaron durante ese mismo período quebrantos y retrocesos tan o más serios y prolongados que los sufridos por Argentina, ya sea en lo referente a la salud y del vigor de sus prácticas democráticas, como en lo relativo a sus articulaciones económicas y financieras. Y en cuanto a la pendiente a remontar por las industrializaciones tardías, se demostró mucho más difícil y costosa de remontar de lo que se había supuesto, dando lugar a muchos fracasos y tropiezos y a unos contados éxitos consolidatorios, trabajosamente conquistados.

6. Una versión autocomplaciente del experimento uruguayo

Si dirigimos ahora la mirada al experimento uruguayo y empezamos por los sesgos menos controvertibles, cabe constatar que sus rezagos consolidatorios, sus tropiezos y quebrantos siempre fueron menos acentuados que los del experimento argentino, y que sus impactos sobre las prácticas democráticas y sobre el nivel de vida de la población estuvieron mejor amortiguados. Más aún, de acuerdo a las versiones predominantes, el cotejo entre secuencias de administración de una herencia arrojaría un saldo ampliamente favorable a las sucesivas generaciones de uruguayos. A ese respecto, se suele considerar que los sucesivos "administradores uruguayos", por lo pronto, no sólo debieron operar a partir de una dotación exigua de recursos naturales y de un conjunto muy restringido de oportunidades de inserción ventajosa en los flujos comerciales, financieros y migratorios, si no que, además, no desaprovecharon tales recursos y oportunidades, ni dejaron de explorar todos los senderos identificables de acumulaciones exitosas. Se insiste en señalar, por otro lado, que los logros de consolidación democrática y económica recién tomaron impulso sostenido, a diferencia de lo ocurrido en el caso argentino, a partir de la primera década del siglo XX, es decir, cuando la generación de Bauzá, la última que le tocó vivir en contexto de continuas convulsiones institucionales y guerras civiles, había entrado a ser reemplazada por sus inmediatos herederos. Y la conclusión que se extrae usualmente es que éstos últimos, no merecen ser acusados como despilfarradores de un valioso legado. Por el contrario, podrían reivindicar para sí la consolidación temprana de un sistema moderno y disciplinado de partidos políticos, el despliegue de una conducción capaz de sustraer al ciclo económico a los acentuados altibajos que asolaban a los restantes experimentos de la región y los sometía a una alternancia de hiperinflaciones y de precipicios recesivos, así como la implantación pionera, sin traumas ni arrebatos súbitos, de un amplio y generoso esquema de coberturas de riesgos y de respaldos que, a pesar de su dispersión y menguada consistencia conceptual, fueron corrigiendo, compensando e impidiendo que se enquistaran irreversiblemente aquellas mismas fuentes de reproducción de asimetrías de oportunidades, cargas y beneficios, las más aleatorias e injustificables, que gravitaban impunemente en casi todos los experimentos de la región.

A los efectos que aquí están en juego, podemos aceptar provisoriamente esos balances comparativos favorables al experimento uruguayo, postergando la inexcusable revisión de sus sesgos autocomplacientes, así como de su inconsistencia interna. En efecto, a partir del cotejo permanente con los avances paralelos del experimento argentino, los herederos de la generación de Bauzá han ido condensando un flujo de mensajes ambivalentes - por no decir esquizofrénicos - en torno a las ventajas y desventajas de la aceleración de los ritmos y la ambición de las miras, con respecto a los recorridos parsimoniosos y el acotamiento de los alcances. Por un lado, dichos mensajes desembocan en una denuncia del paso cansino y rutinario de los avances uruguayos, con sus altos costos en términos de inercialidad y de impotencia para desencadenar cursos novedosos e iniciativas audaces. Por otro lado, tal denuncia convive pacíficamente con un mensaje de signo contrario, que termina condensándose en un elogio al gradualismo uruguayo, a su capacidad de interponer murallas sólidas para proteger a los pueblos de los impactos desquiciantes de tropiezos y coyunturas adversas.

En todo caso, dejando para otra oportunidad una anatomía de esa ambivalencia y de las múltiples falacias que allí anidan, lo cierto es que un primer contraste entre ambos experimentos, parece dejar un saldo favorable para los herederos y administradores uruguayos de los legados acumulados a lo largo del siglo XIX, en la medida en que habrían logrado compensar una plataforma mucho más exigua, comparativamente hablando, de riquezas y oportunidades, con una gestión prudente y escrupulosa, quizás sin grandes brillos, pero también exenta de graves y duraderas distorsiones. A primera vista, pues, el parangón entre las dos trayectorias parece alinear consideraciones desfavorables a aquella acusación de despilfarro que pretendíamos hacer recaer sobre los herederos de la generación representada ejemplarmente por Bauzá.

7. Las herramientas conceptuales de un balance intergeneracional

Y sin embargo, los elementos de juicio manejados en ese mismo contraste también han ido alumbrando las pistas requeridas para poner a punto una primera y burda aproximación a aquellas conceptualizaciones operativas que permiten referirse con suficiente propiedad a una "contabilidad o balance profanos" y, a la vez, enjuiciar las diversas administraciones de los legados. En términos muy elementales, se trata, por lo pronto, de distinguir dos tipos de componentes en los legados acumulados, según los mismos concurren a determinar (1) el conjunto externo de alternativas accesibles, recorribles y sustentables, por un lado y, por el otro, (2) el conjunto interno de alternativas, es decir, el nivel de las metas, aspiraciones, compromisos y los constreñimientos que otorgan continuidad conceptual al encadenamiento acumulativo de los aportes y empeños de las sucesivas generaciones. (Se trata de una conceptualización grosera e incompleta, por cuanto no se hace cargo de los diversos y complejos encadenamientos que se establecen entre los componentes externos y los internos del conjunto de alternativas deseables y viables).

Tal distinción, tan sencilla como aparentemente inofensiva, contiene un doble mérito. En primer lugar, permite perfilar el enfoque profano de contabilización acerca de la administración de los legados como aquel que atiende a las ganancias y pérdidas operadas sobre los componentes internos del legado y, en particular, a su dimensión moral y cívica. En segundo lugar, habilita un enjuiciamiento no arbitrario de las eventuales connotaciones culposas que pueden revestir la administración intergeneracional de los legados, evitando deslizarse por la trampa de los relatos trivializadores. De ese modo, su introducción abre el camino para responder apropiadamente a los dos interrogantes planteados y para levantar las dos principales objeciones sustanciadas en torno a la deuda contraída con la generación de Bauzá.

Al aplicar dicha distinción a las trayectorias argentina y uruguaya, es posible ir al encuentro de aquellos elementos que vendrían a confirmar un balance radicalmente opuesto al usualmente extraído. En el caso argentino, las generaciones que administraron los cuantiosos legados acumulados hasta 1930 no pueden ser acusadas fundadamente de despilfarradores, por cuanto ni ellas ni sus homólogos en otros experimentos contemporáneos disponían de un recetario garantizado para sostener los rumbos exitosos previos y remontar las pendientes, así como tampoco podían contar con recursos inmunizatorios contra los tropiezos y los fracasos. En realidad, a partir de 1930 los afectados por diversos tipos de deterioros fueron los componentes externos del legado previamente acumulado, mientras que los componentes internos no fueron sometidos a ninguna rebaja sistemática. Y, por cierto, el nivel de los componentes externos resulta siempre extremadamente vulnerable a condiciones de entorno que ni los mejores administradores pueden neutralizar. En particular, las inserciones ventajosas en los circuitos comerciales, financieros y migratorios, no dependen solamente de lo que cada experimento pueda ofrecer, si no, también y sustancialmente, de los desempeños de los restantes experimentos que operan en esos mismos circuitos: "los demás también corren", de modo que si nosotros somos dejados atrás o perdemos algunas de las posiciones favorables, cabe la alternativa de que algunos de los hasta ahora retrasados hayan iniciado una aceleración exitosa. Resulta claro, pues, que para intentar un enjuiciamiento crítico acerca de la administración de los componentes externos del legado argentino, sería preciso manejar un instrumental conceptual y un acopio de informaciones comparativas mucho más refinado y bastante más exhaustivo que los que están a nuestro alcance.

En el caso uruguayo, en cambio, existe un margen para solventar una imputación de culpa a los herederos de los mejores legados acumulados por la generación de Bauzá (más precisamente, por sus integrantes más sanos y esclarecidos), en cuanto despilfarradores de los componentes internos de dichos legados, en la medida en que se logre demostrar que (i) dichos herederos operaron un recorte deliberado de esos componentes internos; (ii) que ese recorte no admite ser reconstruido y

justificado como un ajuste razonable de las expectativas a los componentes externos del conjunto de alternativas recorribles; y (iii) que el mismo, en cambio, puede ser descrito como una rebaja desmoralizadora y una trivialización de las metas y de los compromisos, a partir de lo cual iban a acentuarse los peores sesgos provincianos y sólo quedaría lugar para los más ramplones, miopes y rutinarios incrementalismos.

8. Los sueños y las ambiciones de los uruguayos

No estoy seguro de que un rastreo bien documentado logre fundar las connotaciones deliberadas y culposas de esa rebaja, ni permita discernir responsabilidades generacionales. Después de todo, sus más visibles y tempranos promotores -los núcleos alineados inicialmente en torno a las propuestas de José Pedro Varela y de José Batlle y Ordóñez- pertenecían a la misma generación que integraban Bauzá, Justino Jiménez, Martín C. Martínez, Aparicio Saravia, Julio Herrera y Obes, etc., por lo que la pertinencia o no de dicho recuento de culpas es algo que debe quedar en manos de la indagación historiográfica. A esa misma indagación debe remitirse la dilucidación del misterio que se esconde detrás de la gravitación que inexplicablemente alcanzaron dos figuras tan mediocres -Varela y Batlle-, tanto sobre sus propios contemporáneos - la más destacable de todas las generaciones de uruguayos- como sobre las orientaciones y los relatos predominantes hasta nuestros días.

En cambio, las distinciones previamente adelantadas permiten, sin arriesgarse más allá de los limitados alcances de un enfoque profano como el nuestro, perfilar aquella inflexión declinante que comenzó a prevalecer inequívocamente a partir de la segunda y la tercera década del siglo XX y que, a fines de ese mismo siglo, desemboca en la entronización de los enfoques incrementalistas más despojados de apuestas sustantivas y de los relatos gradualistas menos asociables a protagonismos e iniciativas discriminables. En todo caso, parece relativamente sencillo ubicar con bastante precisión los dos extremos - inicial y final - de ese recorrido declinante, de modo de poner a plena luz el contraste entre los componentes internos de aquel legado y su jibarizada versión posterior, en el entendido de que la actualmente prevaleciente es el resultado terminal de la ya mencionada rebaja culposa.

Contra lo que pudiera parecer, es más cómodo trazar el contraste tomando la versión final como punto de partida. En las convocatorias y los mensajes que gozan actualmente de más amplia acogida en la opinión pública uruguaya, por su capacidad de condensar aquellos objetivos y aspiraciones que se visualizan como compartibles, las referencias principales y casi excluyentes se limitan a dibujar un recorrido de avances lineales e incrementos monótonos a lo largo de algunos pocos ejes que definen las condiciones y los niveles de vida de la población. En ese mismo punto, en efecto, parecen converger las convocatorias de Julio Sanguinetti y de Tabaré Vázquez: de lo único que se trata es de "la mejora progresiva de los niveles de vida de la población uruguaya".

A primera vista, tal versión de los componentes internos no contiene ningún sesgo anómalo o distorsionante. Por el contrario, parece congruente con aquellos encadenamientos y reciprocidades asimétricas que se establecen entre padres e hijos, entre una generación y la siguiente: la flecha del tiempo determina también la dirección de los compromisos y los concernimientos básicos, de modo tal que sólo podemos amortizar la deuda contraída con nuestros antecesores, a través de las plataformas que dejamos como herencia a nuestros descendientes. ¿O acaso no forma parte de esa cadena de reciprocidades asimétricas la preocupación por que cada nueva generación que viene a residir entre nosotros disfrute de condiciones de vida más confortables y placenteras, con menores fatigas y exposiciones a quebrantos y adversidades? Y entonces, ¿en dónde afloraría la supuesta rebaja que habría terminado afectando a los componentes internos del legado acumulado y en qué se diferencia el conjunto de aspiraciones actualmente perfiladas como públicamente compartibles a nivel del experimento uruguayo con respecto al de otros experimentos?

Los sesgos reductivos se insinúan, por lo pronto, en la ausencia de la más mínima referencia a

componentes protagónicos. En efecto, al medir los avances tomando en cuenta exclusivamente las condiciones y los niveles de vida de la población, lo que se contabiliza es lo que ocurre con cada uno de sus integrantes, considerados en cuanto unidades de experiencia y, más estrictamente, en términos de beneficiarios de paquetes mayores o menores de recursos. Dicho en términos negativos, lo que se deja de lado son todos aquellos cambios que el transcurso de los acontecimientos y los encadenamientos irreversibles de las sucesivas opciones asignativas, operan sobre los destinos de esos mismos integrantes en cuanto unidades de agencia, es decir, en términos de sus capacidades para incidir sobre su propio destino y para disponer de una gama ampliada de alternativas. Esta impronta unilateral se refuerza cuando comprobábamos que en los relatos públicos acerca de dichos avances sólo figuran convocatorias meramente retóricas al involucramiento directo de los beneficiados, mientras que son tan escasas como brumosas las referencias a protagonismos y responsabilidades compartidas, a cambios dramáticos en las formas de organización, en la manera de gestionar los asuntos y rendir cuentas de resultados, de articular los vínculos y de reorientar el trato brindado a las iniciativas personales. Por lo demás, ninguno de los mensajes convoca a los beneficiados ni a los encargados de prestar los servicios que supuestamente inciden en la mejora gradual de las condiciones y el nivel de vida de la población - por ejemplo, educandos y pacientes, docentes y personal médico - a procesar revisiones sustantivas de sus creencias y de sus principios de conducta. De ese modo, al no existir ninguna conexión perceptible entre las mejoras y aquellos componentes sobre los que la gente común y corriente - el agente profano - puede incidir, no puede sorprender que la población beneficiada por tales mejoras graduales reciba las noticias acerca de los empeños sostenidos y de los sucesivos logros alcanzados como si se tratara de una información acerca de los resultados de una lotería o, en el mejor de los casos, de una gestión administrativa a cargo de núcleos profesionales.

Tal como se explicitará más adelante, Bauzá y los mejores de su generación consideraban a tales conexiones como decisivas para la salud y el vigor moral de un pueblo, y descalificaban cualquier intento de pasarlas por alto o debilitarlas como una expropiación a la gente de su capacidad para incidir sobre los cursos de acontecimientos y sobre su propio destino. Es cierto que aquella generación no se había asomado aún a un horizonte ampliado de alternativas sustantivas y bien discriminadas, como las que el experimento uruguayo podría tener hoy a la vista, si no hubiera quedado atrapado en un pantano de provincianismos, incrementalismos ateóricos y sensateces gradualistas, un pantano que nuestros abuelos acertaron a rechazar y a denunciar. También es cierto que si dicha generación conociera el tipo de discrepancias y controversias que dividen hoy a las distintas convocatorias partidarias y provocan ríos de tinta periodística y académica - las disciplinas fiscales y crediticias, las modalidades de propiedad y de gestión aplicables a las empresas y los patrimonios públicos, la distribución de la carga tributaria y del gasto fiscal - se apresuraría a denunciarlas como cuestiones baladíes y meramente instrumentales, de cuya dilucidación mejor o peor no cabe esperar más que inflexiones marginales sobre las modalidades de generación, acumulación y distribución de riqueza, e incapaces, aún en el mejor de los casos, de alimentar involucramientos cívicos robustos y de desencadenar procesos de discernimientos y contrastaciones esclarecedoras tendidos hacia horizontes de largo plazo.

9. La victoria de los gradualismos y los provincianismos

Si estamos en la pista correcta, pues, los mensajes públicos que terminaron prevaleciendo en el experimento público uruguayo, han ido introduciendo dos tipos de recortes sobre el conjunto interno de alternativas. Por un lado, dichas alternativas han sido despojadas sistemáticamente de todas aquellas connotaciones asociadas a la continuidad de refundaciones morales y cívicas, así como de reformulaciones conflictivas de principios configurativos, que abren paso a bifurcaciones dramáticas, para quedar reducidas a opciones en términos de "un poco más o un poco menos de lo

mismo", de ritmos más acelerados o más parsimoniosos, de administraciones más "realistas" y sensatas o voluntaristas e imprudentes. Por otro lado, ese mismo conjunto de opciones, ya acotado en sus alcances, ha ido opacando y debilitando todos aquellos perfiles y encadenamientos capaces de convocar y habilitar a los agentes profanos a asumir involucramientos discriminados, iniciativas descentralizadas y protagonismos gravitantes. Y al combinar los impactos de esos dos tipos de recortes, no es sorprendente que terminen reforzados aquellos mensajes y modelos narrativos que condenan a las peripecias individuales y colectivas de los uruguayos a recorrer trayectorias caracterizadas por la redundancia y la impotencia, así como por la cortedad y el provincianismo de sus horizontes, tanto en términos de lugar como de época.

Tal desenlace no es la mera prolongación del legado recibido por la generación de Bauzá, ni tampoco se alinea con lo ocurrido en otros experimentos paralelos, ni siquiera en aquellos que, como el argentino y el inglés, han sufrido deterioros acentuados de su conjunto externo de alternativas. No es necesario atribuir méritos especiales a aquella generación para apreciar el contraste entre los términos que disponían nuestros antepasados para compartir las metas y los horizontes de sus emprendimientos, por un lado y, por el otro, aquellos que hoy circulan con mayor fluidez entre sus herederos. Lo cierto es que para ellos les era familiar la inscripción de sus propias peripecias y empeños en un horizonte cargado de alternativas dramáticas y de arriesgadas apuestas, a partir de las cuales se abrían encrucijadas que desembocan en la regeneración o la disolución, la salud o la enfermedad, el vigor o la debilidad, la renovación audaz o la impotencia, y en las que las opciones asumidas por los agentes profanos concurrían a reforzar a una dirección o a su contraria.

Lo que sí cabe descartar es que esos recortes sistemáticos y esos sesgos provincianos que han ido afectando a los componentes internos del legado uruguayo, constituyan una secuencia meramente fortuita de deterioros, en la que no mediaron inflexiones deliberadamente asumidas. Bauzá y los mejores de su generación advirtieron contra muchas de las pendientes perezosas que desembocarían en tales deterioros, denunciaron y libraron múltiples combates contra aquellos mensajes, relatos y convocatorias que podían favorecer los deslizamientos a lo largo de dichas pendientes, así como debilitar las resistencias y músculos morales acumulados. En esa medida, cabe concluir que fueron derrotados o que, en el mejor de los casos, su legado no ha encontrado, hasta ahora, al menos, los rescates y prolongaciones que se merecían. ¿Cómo explicar esa derrota? ¿En qué medida fue el resultado casi inevitable de las insuficiencias y precariedades de ese mismo legado o, por el contrario, un desenlace más bien fortuito, derivado de una constelación peculiar de circunstancias? Y en todo caso, ¿no concurren decisivamente a dicho desenlace las innegables habilidades y el oportunismo de los vencedores para aprovechar ventanas de oportunidades, para discernir las brechas que allanaban la conquista de la ciudadela de los sueños y anhelos uruguayos?

Mi menguada versación historiográfica me inhabilita para brindar respuestas a los anteriores interrogantes. De cualquier manera, y aunque ese no fuera el caso, todo intento de incursionar en esa dirección sólo podría redundar en largos rodeos que nos alejarían de las preocupaciones temáticas que hoy nos convocan. Es preciso, pues, postergar esas legítimas curiosidades y atender a requerimientos mucho más pertinentes. ¿Qué indicios respaldan inequívocamente el trazado de tan acentuado contraste entre los dos horizontes, el legado por nuestros antepasados y el que ha terminado articulando nuestros debates y afanes actuales? ¿Cuáles fueron los territorios disputados y en torno a qué asuntos se libraron aquellos combates que enfrentaron con mayor nitidez las posturas vencedoras y las derrotadas?

A lo largo de ciertos frentes de controversias que se mantienen abiertos desde la época de Bauzá, se producen algunas convergencias felices, aunque no casuales. Tratando de aprovechar tales convergencias, me inclino a seleccionar como principales y decisivas las prolongadas disputas sustanciadas a propósito de:

- (1) los modelos narrativos más apropiados para dar cuenta de las peripecias por las que atravesó el experimento uruguayo y rescatar la incidencia de los agentes profanos;
- (2) el lugar a asumir por las instituciones educativas en la consolidación exitosa de dicho

experimento;

(3) las virtudes y los vicios de los formatos monopólicos.

No tiene nada de fortuito que haya sido el propio Bauzá quien, no sólo perfiló los alcances de todo lo que estaba en juego en esas tres batallas - mediante formulaciones certeras, algunas de las cuales no han sido superadas hasta hoy - si no quien, además, se adelantó a convocar y encabezar las posturas que resultarían posteriormente derrotadas y despojadas de gravitación. Se trata, por otra parte, de una agenda de problemas en la que cualquier heredero profano del legado intergeneracionalmente acumulado puede incursionar con cierta familiaridad y, a la vez, considerarse directamente involucrado. Tampoco es casual que dicha agenda permita alinear inequívocamente a nuestros "abuelos derrotados" y a nuestros "abuelos vencedores", marcando sus discrepancias sustanciales a propósito de los componentes internos del referido legado, así como identificando los puntos precisos a partir de los cuales empezaron a ganar arraigo aquellas rebajas sistemáticas de los sueños y ambiciones asumidas por experimento uruguayo que, con el tiempo, terminaron alimentando su actual vocación albanesa a jugar en canchas chicas, a aferrarse crispadamente a su estilo y a su ritmo cansino para enfrentar la continua renovación de los escenarios y de los desafíos. Y todavía cabe agregar que, a la hora de seleccionar esos tres frentes, he tenido en cuenta, como es obvio, las oportunidades ventajosas que brindaban para ilustrar, mediante una aplicación operativa, el enfoque profano de la contabilidad intergeneracional, para solventar la acusación de despilfarro que he dirigido contra "los hijos y los nietos de Bauzá", así como para aportar mi granito de arena al rescate de sus más valiosos legados.

10. Una extraña amnesia selectiva

He optado por reagrupar los frentes (2) y (3), abordarlos en conjunto y aplicarles un enfoque que contrasta en forma esquemática los horizontes iniciales y los actuales. Tal opción me permite abreviar esta exposición y, a la vez, sacar mejor partido de las facilidades que ofrece el frente (1), el de los relatos históricos, para un análisis más discriminado del itinerario a lo largo del cual se fueron rebajando secuencialmente los componentes internos. Por otra parte, el reagrupamiento de los dos últimos frentes reporta ventajas adicionales. Bauzá combatió en cada uno de ellos por separado, enfrentándose a las posiciones asumidas por dos miembros de su misma generación - José Pedro Varela y José Batlle y Ordóñez - fuertemente distanciados entre sí en sus inspiraciones y sin ninguna afinidad personal. Nunca ocultó que ambos le merecían una baja opinión, descalificándolos - acertadamente, a mi juicio - como mentes torpes, incultivadas, perezosas, precipitadas y unilaterales, ubicables, por lo tanto, entre los peores exponentes de esa generación, los menos familiarizados con los legados acumulados y los más propensos para despilfarrarlos.

A su vez, Batlle tendía a coincidir - aunque por distintas razones- con los juicios severos de Bauzá con respecto a Varela y a su proyecto de regeneración a la sociedad uruguaya a través de los servicios educativos, algo que ambos consideraban como un rodeo perezoso, un intento tan pueril como despistado de trastocar el único orden posible de construcción cívica. (En ese sentido, no es arriesgado afirmar que Batlle resulta acreedor a una consideración muy superior a la otorgable a Varela, y que sus mejores títulos a tal consideración residen, entre otras cosas, en su sostenida resistencia a plegarse al culto y al fetichismo vareliano, un mérito del cual muy pocos uruguayos - incluyendo a sus contemporáneos, a quienes no se les ocultaba la irreparable mediocridad del ídolo - pueden vanagloriarse). Sin embargo, ese distanciamiento de Batlle no estaba respaldado por sólidas razones ni se nutría de una concepción alternativa de los procesos y las instituciones educativas y de sus aportes a la consolidación del experimento uruguayo.

No es extraño, pues, que terminara cooptando por oportunismo el modelo de enseñanza vareliana, incorporándolo al repertorio de palancas de control social, mediante las cuales pretendía recomponer las bases del experimento uruguayo. En todo caso, lo cierto es que ahora, desde las

perspectivas ganadas con el devenir de los acontecimientos, podemos corregir algunas de las percepciones de nuestros antepasados: esa cooptación que el propio Batlle visualizaba como una alianza de conveniencia entre elementos discordantes, terminó alumbrando, a través del despliegue de sus respectivas proyecciones dinámicas, un núcleo de afinidades y parentescos que sólo llega a perfilarse si se aborda conjuntamente a dichos elementos y se asume un suficiente distanciamiento con respecto a sus rasgos específicos.

En los relatos oficiales y en las tradiciones colectivas disponibles se ha configurado un extraño hueco de olvidos y silencios en torno a la opinión compartida inicialmente por los más encumbrados contemporáneos de Varela acerca del personaje y de sus propuestas. No es difícil explicar tales silencios y olvidos. Los pronunciamientos hostiles iniciales de una amplia mayoría fueron trocados en juicios favorables a la consolidación de su obra, de modo que al poco tiempo no eran muchos los interesados en preservar el registro de la acogida inicial. Lo que sí ya no es tan fácilmente explicable es el olvido posterior de las formidables palizas que recibió Varela a lo largo de las distintas polémicas en las que participó en defensa, no sólo de su proyecto de reorganización de la enseñanza pública, si no, también, de los mapas y diagnósticos que acompañaban dicho proyecto y eran presentados a título de supuestas fundamentaciones.

Cabe reconocer que tal amnesia pierde algo de su anomalía en algún caso particular. Así ocurre, al menos, con respecto a la aplastante demostración de insolvencia argumental y de incapacidad para manejar con mínima corrección las operaciones más elementales de la aritmética - la regla de tres y su aplicación a la extracción de porcentajes - a la que resultó expuesto Varela al polemizar con Carlos M. Ramírez, un joven de 23 años que acababa de completar sus estudios de abogacía. En este caso, el más directamente interesado en mantener viva la memoria de dicha polémica - Ramírez - terminó convirtiéndose en el principal cómplice de su entierro en el más completo de los olvidos, una vez que se afilió al proyecto y a las huestes varelianas. Y lo cierto es esa extraña operación de amnesia selectiva - junto con muchas otras que se incorporaron a la cuidadosa construcción orwelliana de la historia oficial uruguaya - fue acompañada por el más completo y prolongado de los éxitos: sobran los dedos de la mano para contar los uruguayos vivientes que han frecuentado esa polémica en las últimas décadas y, es casi seguro que ninguno de ellos reviste como docente.

Nunca nos lamentaremos bastante de esa prolongada amnesia y, sobre todo, de no haber acertado siquiera a retener algunas de las múltiples advertencias que los más lúcidos exponentes de la generación de Bauzá lanzaron, no tanto contra el proyecto mismo de reorganización escolar - una mera copia de lo que figuraba como el último grito del progreso para el cholulismo provinciano de esa época- y sí, en cambio, contra el abordaje mismo de los problemas de la enseñanza, su incapacidad para rescatar todo lo que allí está en juego y, más decisivamente aún, contra el descarte definitivo de todas aquellas alternativas que alimentan un horizonte renovado de exploraciones y de discrepancias, de iniciativas descentralizadas y de contrastaciones discriminadas, así como contra la rebaja trivializadora de aquellos componentes internos que permiten otorgar continuidad sustantiva a las acumulaciones intergeneracionales.

En todo caso, Varela y sus inmediatos continuadores pueden alegar en su descargo que los peores sesgos unilaterales y castradores asociados a sus inspiraciones fundacionales de la enseñanza pública uruguaya, sólo constituían lastres provisorios, costos coyunturales a absorber, inevitables para remover obstáculos e inercias, para reclutar amplios consensos y acelerar el acceso masivo a los beneficios de la enseñanza de todas las franjas de la población uruguaya. Y lo cierto es que tales descargos merecen el más pleno de los recibos, lo que traslada sobre las generaciones de los hijos y la de los nietos de Varela-Bauzá las culpas de esos cierres y amnesias. ¿Acaso otros experimentos parangonables al uruguayo no sufrieron a sus propios Varelas, acertaron a reconocer sus méritos y mantenerlos vivos en la memoria compartida, sin por ello quedar condenados a prolongar sus callos e inercias mentales en todo lo relativo a la enseñanza, ni atrapados en sus más rígidos y estrechos trillos? Así, pues, si bien es verdad que la simiente y la siembra contenían suficientes elementos perversos, también es cierto que tales elementos habrían resultado paulatinamente marginados y

despojados de sus peores sesgos, si no hubieran contado con sucesivas cohortes de jardineros obstinados en cultivarlos y preservarlos contra el más mínimo retoque.

11. Una enseñanza de espaldas al pueblo y a sus representantes

Junto con el traslado de la principal carga acusatoria, se desplaza también la ubicación de los desafíos explicativos más difíciles de satisfacer. Si aquel arranque fundacional no desembocaba necesariamente en los actuales cierres, amnesias y enquistamientos, entonces, ¿cómo es que logran las huestes docentes actuales - tanto los titulares de cargos directivos en los servicios educativos, los que asumen representaciones gremiales, como los que ocupan posiciones de índole tecnoburocrática - aislarse tan completa y eficientemente del concierto de voces que al nivel mundial convierten al modelo uruguayo en una pieza de museo, y a sus planteos oficiales en un repertorio trasnochado de todos los callejones sin salida denunciados hasta el cansancio en la literatura especializada de mayor circulación a lo largo de los últimos 20 años? En ese sentido, cierta sordera de los contemporáneos de Varela a las señales de advertencia de sus críticos iniciales, resulta mucho más fácil de explicar y de justificar - después de todo, los servicios educativos uruguayos de esa época eran muy precarios y estaban requiriendo algún impulso acelerador emparentado con el que proponía Varela - que la actual ignorancia provinciana y "albanesa" de los dirigentes y de la corporación docente uruguaya a las corrientes de reformas impuestas hasta en los últimos rincones del planeta, su cultivada ceguera al acelerado y sistemático deterioro que viene afectando a los servicios uruguayos de enseñanza, tanto en términos de la calidad y de los resultados de los procesos de aprendizaje, como en términos de la disciplina institucional y de las relaciones personales.

En todo caso, muchos de nuestros abuelos adelantaron advertencias muy precisas sobre los polvos que amenazaban convertirse en lodos y, en particular acerca de aquellos despistados planteos varelianos que iban a desembocar en la enfermiza oposición y divorcio actuales entre el gremio docente y lo que últimamente se ha insistido en denominar como "el poder político". Carlos M. Ramírez fue uno de los primeros en llamar la atención sobre los peligros que anidaban en tales planteos, al poner a plena luz la propensión de Varela a establecer falaciosas disyunciones entre las fuerzas provocadoras de cambios, según éstos cobraran impulso, o bien a partir de la conjugación de las tradiciones cívicas y de las instituciones políticas, o bien desde el seno de los procesos de escolarización. Vale la pena retomar algunas de las argumentaciones intercambiadas a ese respecto entre ambos polemistas, por cuanto allí se configuró con incomparable precisión aquella misma encrucijada que nos mantiene paralizados hasta hoy en día.

Todo comenzó con uno de los habituales exabruptos de Varela. Este no se cansaba de exhibir su profunda desconfianza con respecto a las instituciones democráticas, de profesar su desprecio por los partidos políticos y el parlamento uruguayos, poniendo así los cimientos para la edificación de "una escuela de espaldas al pueblo y al poder político". Tal desprecio lo extendía a "los populachos" de todas las naciones, en particular los no beneficiados con los aportes étnicos de las etnias noreuropeas y a los perjudicados por la mezcla con "la sangre decrepita" de las razas americanas y africanas. Una combinación irrepetible de ignorancia con cholulismo lo conducía a afirmaciones reñidas con la información más trivialmente disponible al lego más desatento. Así, por ejemplo, atribuyó a los pueblos noreuropeos superiores capacidades para el pensamiento abstracto - y mayor fecundidad demográfica - mientras que reservó para los pueblos latinos y mediterráneos cierta esterilidad poblacional y talento para aquellas actividades que, como las artísticas, ponían en juego la imaginación y el sentimiento, olvidando los aportes fundacionales de los árabes, de los italianos (Galileo) y los franceses (Descartes, Pascal) a las ciencias matemáticas y físicas, por un lado y, por el otro, las cumbres alcanzadas por Shakespeare y por los novelistas ingleses.

Con todo, su vocación al dislate encontró una oportunidad de explayarse ejemplarmente en torno a

un tópico mucho más específico y contrastable, cuando se adelantó a afirmar que Inglaterra se habría precipitado, a la salida de las guerras napoleónicas y como resultado de los cuantiosos endeudamientos asumidos, en una bancarrota financiera, una cesación de pagos y en una profunda recesión económica, si no fuera por que, a diferencia de otros pueblos, el inglés disponía de aquel capital de sabiduría y de energías morales que sus modernas instituciones de enseñanza le habían permitido acumular. Sólo mediante un cultivo prolongado de la desinformación y de la estulticia se podía arribar a lo que para cualquier uruguayo de esa época medianamente informado - le alcanzaba con haber leído un par de novelas de Charles Dickens y, de vez en cuando, algún periódico - constituía un mayúsculo despropósito, de modo que Ramírez no tuvo que esforzarse demasiado para demoler las endebles argumentaciones de Varela y exponer a su autor al más extremo de los ridículos.

La demolición empezó por el capítulo relativo al sistema inglés de enseñanza. En realidad, las afirmaciones de Varela constituían una distorsión insostenible, no sólo del estado de cosas vigente en 1815, si no, también, de lo que estaba ocurriendo en la época de la polémica, medio siglo después. Por razones que no vienen al caso, Inglaterra no había encabezado ni acompañado de cerca a aquellos experimentos empeñados en generalizar el acceso de su población a una escolarización modernizada. Hasta muy avanzado el siglo XIX, la mayor parte de sus servicios de enseñanza dependían de fondos locales y de la acción parroquial desarrollada por los ministros del culto religioso oficial. Los aprendizajes básicos eran muy escuetos y no existía una red de centros de educación técnica y de oficios. La educación media y superior estaba reservada casi exclusivamente a una reducida franja de adolescentes a los que sus familiares procuraban impulsar - si disponían de los medios y de las vinculaciones para ello - hacia cargos militares, eclesiales y de administración colonial. Los hijos de los nobles y de las clases más acomodadas recibían una educación centrada en las letras y las humanidades, en particular, en el dominio de la lengua latina y de sus autores clásicos. De ese modo, al recurrir al ejemplo de la enseñanza inglesa, Varela estaba serruchando la rama sobre la que estaba apoyado. En efecto, todo su proyecto de reforma educativa se basaba en un diagnóstico según el cual una buena parte de las calamidades que soportaba la sociedad uruguaya y, en particular, su retraso en el camino del progreso, se originaba en ese mismo tipo de enseñanza humanística y "libresca" mediante la cual se preparaban los dirigentes de aquel pueblo - el inglés - cuya trayectoria exitosa constituía para Varela la principal fuente de inspiración y el modelo a imitar.

A pesar de la contundencia de la primera línea de argumentación y de sus impactos devastadores sobre las posiciones de Varela, Ramírez acertó a desplegar un segundo ataque crítico, más penetrante y demoledor que el anterior, basado en la acusación de cultivar una especie de daltonismo culpable. Sólo alguien empeñado en ocultarse a sí mismo y a los demás ciertos escorzos del mundo que irrumpen frente a la mirada del más distraído y del menos informado, podía omitir - como lo hacía Varela - toda referencia a aquellas conquistas cívicas y armas institucionales a las que el pueblo inglés identificaba como fuente de sus mejores reservas morales y de los títulos que les permitían diferenciarse de otros pueblos menos favorecidos, a las que consideraba como frutos maduros de sus propios empeños sostenidos y gestas hazañosas, inseparables del orgullo y de la dignidad de pertenecer a una comunidad de hombres y mujeres libres. Ramírez se refería, por supuesto, a aquellas garantías y tradiciones institucionales que se expresan a través de la Carta Magna, el parlamento, los partidos políticos, los tribunales judiciales, las publicaciones periódicas, las organizaciones sindicales, etc. A ningún observador honesto se le podía escapar que si el pueblo inglés se había familiarizado con el ejercicio pleno de la razón pública, con el intercambio disciplinado y aleccionador de información y de argumentos, ello no podía atribuirse, salvo en una medida ínfima, a los impactos del modesto y excluyente sistema escolar vigente en 1815, y sí, en cambio, a las múltiples plataformas y oportunidades abiertas a las inquietudes profanas de acceder e incidir en esos circuitos de intercambio.

Uno de los méritos de la argumentación desplegada por Ramírez residía, precisamente, en su

apelación certera al "civic common sense" acumulado en el experimento uruguayo, un acervo cuantioso sistemáticamente desconocido por Varela, quien nunca trepidó en descargar descalificaciones elitistas y soberbias sobre las tradiciones más arraigadas en el pueblo uruguayo, sobre su composición racial y sus reservas morales. Los elementos aportados alcanzaban para crear una reserva de alarmas y desconfianzas que nos habría inmunizado definitivamente - "curándonos en salud" - frente a los desvaríos inherentes a esa extraña "utopía escolar vareliana". Como ya fue señalado, esta proponía edificar una enseñanza de espaldas al pueblo y a sus representantes, asumiendo el supuesto pueril y enfermizo según el cual, para enhebrar acumulaciones virtuosas y duraderas, es posible recurrir a atajos ingenieriles y ahorrarse las incertidumbres y los conflictos propios de las operaciones públicamente expuestas a las miradas profanas. De esa manera, salteándose mediante un "astuto" rodeo, aquellos lugares especialmente acondicionados para que los pueblos intercambien señales y apuestas en torno a la construcción de su destino, para contrastar las alternativas entrevistas y desplegar sus entusiasmos compartidos, así como sus discrepancias, los empeños regeneradores se concentrarían en los recintos opacos de las aulas escolares, tratando de incidir directamente, a través de la acción de los miembros de la corporación de profesionales de la educación, sobre las mentes indefensas y supuestamente incontaminadas de los niños y los jóvenes. Y bien, supongamos que las advertencias certeras de Ramírez hubieran actuado como eficaces anticuerpos contra el virus informático vareliano, ¿habrían cambiado mucho los componentes internos del legado intergeneracional? ¿No estaban disponibles en el propio civic common sense otro tipo de anticuerpos capaces de evitar que dicho virus destrozara los archivos más valiosos? No es sencillo responder a tales interrogantes. En un extremo, algunos elementos de juicio invitan a pensar que allí mismo, en torno a las respuestas al desafío lanzado, no tanto por la reforma de la enseñanza, si no por el mensaje vareliano y su invitación majadera a ese atajo tentador, se abrió para el experimento uruguayo una encrucijada dramática en la que nuestro futuro estaba comprometido y en la que no asumimos las mejores opciones, permitiendo que ingresaran a nuestro torrente sanguíneo los virus que a la larga iban a terminar desplazando a nuestras mejores acumulaciones o trivializándolas. En el otro extremo, pistas complementarias concurren a desdramatizar a dicha encrucijada y a diseminar las eventuales responsabilidades por las trayectorias desacumulativas. Después de todo, ese tipo de microorganismos, ¿no penetraron acaso, y en la misma época, en casi todos los experimentos similares al nuestro, sin que ello desencadenara impactos tan nocivos sobre las fibras morales y cívicas? Además, ese apresuramiento a rastrear culpables de los desgastes y desacumulaciones, ¿no se contradice con nuestras recomendaciones iniciales? Antes de iniciar ese rastreo, ¿no conviene dar primacía a la posibilidad de que se trate de una inflexión ajena a la introducción culposa de sesgos nocivos específicos en los componentes internos, y de que todo se reduzca a la combinación usual de circunstancias fortuitas y pendientes inerciales difíciles de remontar? Retomaremos este punto después de analizar las advertencias de Bauzá, mucho más precisas que las de Ramírez.

12. La expropiación a los profanos de una plataforma para incidir sobre los componentes del legado intergeneracionalmente acumulado

El segundo acierto de la argumentación desplegada por Ramírez en torno a la trayectoria del experimento inglés, es de índole negativa, aunque ello no conlleva rebaja alguna de sus méritos: Ramírez no quedó preso de una falsa disyuntiva - una trampa tentadora - a la que sólo unos pocos eluden. Quienes se oponen a los rodeos y las "utopías escolares" como los que propuso Varela, a su apuesta "antipolítica" y a su opción excluyente en favor de incidir sobre ciertos procesos de nivel micro, como la mejor forma para corregir duraderamente los rumbos asumidos por la trayectoria de un pueblo, suelen deslizarse hacia el extremo opuesto, apostando por incidir a partir del nivel macro. Contrariamente a lo que pueda pensarse, la segunda opción - a pesar de presentarse como

portadora de esclarecimientos críticos y rigores metodológicos que vendrían a corregir la ingenuidad y la visión profana de los operadores de nivel micro - no es mucho más que un recurso para lucirse en las charlas de boliche, a una mezcla de equívocos y fantasías dictatoriales, que desemboca en el consabido latiguillo: "en vez de combatir la criminalidad y las drogas a través de la formación escolar, es preciso atacar sus raíces más profundas". (Tan profundas que nadie puede hallarlas ni operar sobre ellas).

Así, pues, si fuera inexcusable quedarse con una de las dos como las únicas opciones disponibles, habría que apostar a la primera de ellas, es decir, a esa modalidad de incidencias pormenorizadas que, al menos es frecuentada por personajes dignos de todo respeto, como los vendedores de seguros y los predicadores de puerta a puerta. Por fortuna, se trata de una seudodisyuntiva, una falsa bifurcación que Ramírez acertó a rechazar. En efecto, al descartar a los impactos del sistema de enseñanza como la principal fuente de aquellas reservas morales y disciplinas cívicas disponibles por el experimento inglés a principios del siglo XIX, Ramírez se cuidó mucho de desplazarse hacia el polo opuesto, en el que hubiera quedado atrapado por referencias causales, tan brumosas como vaciadas de contenido, a la gravitación de "la identidad colectiva" y al "espíritu" del pueblo inglés, o a supuestas configuraciones socioestructurales. Y con el agravante de que el recurso a tales determinaciones causales implica ubicar a los cursos de acontecimientos en una zona inaccesible a las opciones discriminadas y a los empeños deliberados de los hombres y de los pueblos, y, por lo mismo, de espaldas a la gente, inmune a la incidencia de sus instituciones democráticas. En cambio, la zona en la que se instala Ramírez al intentar dar cuenta de la capacidad del pueblo inglés para enfrentar desafíos y adversidades extremas, se ubica entre los extremos de lo macro y lo micro, coincidiendo con lo que a título de abreviatura cómoda conviene designar como interacciones y encadenamientos de nivel meso.

En efecto, al revisar el repertorio mencionado por Ramírez, resulta fácil extraer un par de conclusiones. Por lo pronto, se trata de un conjunto de ámbitos debidamente acondicionados para que cada uno de ellos, con sus modalidades y regulaciones diferenciales, convoque, albergue, otorgue acreditaciones y gravitación - luego de someterlas a contrastaciones públicas - a las iniciativas responsables de los agentes profanos. (En el listado de tales ámbitos, cabe incluir, ahora sí, a las instituciones educativas, en la medida en que éstas, lejos de limitarse a operar sobre los aprendizajes de cada uno de los niños y jóvenes confiados a su tutela, participan en intercambios públicos de mensajes y relatos). Las supuestas virtudes del pueblo inglés dejan de ser un regalo inmerecido de los dioses o el resultado de una constelación meramente fortuita de circunstancias favorables, para convertirse en la cosecha de largos y trabajosos cultivos, siempre amenazados de deterioro. En términos más precisos, no son más que el fruto de una convivencia al amparo de marcos institucionales muy prolijamente diseñados, conjugados sistemáticamente a través de una continuidad conceptual de revisiones y ajustes con vistas a reforzar la capacidad de los individuos y de los pueblos para incidir sobre su propio destino. Sólo así, mediante el ejercicio continuado y cuidadoso de sus prerrogativas y habilitaciones, es que los agentes profanos logran confirmar mediante indicios inequívocos y públicamente intercambiados aquello que no se puede aprender en las aulas: que están investidos de autoridad y que su pasaje por el mundo no está condenado a la redundancia ni a lo efímero.

La segunda conclusión - la que, a diferencia de la primera, no se encadena directamente con las consideraciones manejadas por Ramírez, si bien no les agrega elementos discordantes con ellas - se limita a reubicar, a partir de los ámbitos institucionalmente acondicionados de interacciones de nivel meso, los dos extremos de la seudodisyuntiva configurada en torno a las incidencias de cambios procesados a los niveles micro y macro, a partir de las zonas institucionalmente acondicionadas de interacciones de nivel meso. Dichos ámbitos, en efecto, disuelven la disyuntiva en cuestión al disponer murallas de garantías y constreñimientos, así como recursos operacionales bien discriminados, a partir de los cuales los impactos provenientes de ambos extremos pueden ser reabsorbidos dentro de un entramado de continuidades narrativas, a la vez que encausados como

ingredientes operativos en la construcción de destinos y alternativas parcialmente controlables. En un extremo, dichas murallas canalizan y amparan a las transacciones de nivel micro, ofreciéndoles pistas expurgadas de abusos y amenazas, a lo largo de las cuales pueden perfilarse los lugares más apropiados para elaborar iniciativas inéditas y testimonios disidentes. En el extremo opuesto, esas mismas murallas están destinadas a amortiguar y filtrar los impactos imprevisibles de cambios desencadenados a nivel macro, permitiendo que los mismos resulten encausados en términos de opciones y cursos alternativos.

De cualquier manera, aunque la argumentación crítica de Ramírez era suficientemente demoledora de algunos de los cimientos de la utopía escolar vareliana y de sus sueños infantiles de "ingeniería cívica", Bauzá fue mucho más a fondo, acertando a apelar en forma mucho más directa a los componentes morales del experimento uruguayo y a sus raíces en los protagonismos profanos de sus hombres y mujeres. Sus ataques, mucho más precisos que los de Ramírez, se centraron en aquella alteración distorsionante mediante la cual la ciudadanía uruguaya y sus representantes resultaban expropiados de ciertas prerrogativas sólo declinables con menguas groseras de los títulos de autoridad y dignidad que invisten a los integrantes de un pueblo libre comprometido con un experimento de autogobierno. En términos más específicos, los ataques de Bauzá se centraron en lo que el calificó como un despojo a la ciudadanía uruguaya de su capacidad para incidir, tanto a título individual como a nivel colectivo, sobre aquellos procesos a través de los cuales las nuevas generaciones se preparan y se habilitan para asumir su plena habilitación moral y cívica, y, junto con ella, la posta de responsabilidades y legados intergeneracionalmente acumulados.

¿Cómo puede justificarse la conclusión según la cual la argumentación de Bauzá es mucho más precisa y "económica" - requiere de menos supuestos complementarios, por lo que gana en contundencia - que la de Ramírez, a la vez que opera a un nivel conceptual de mayor profundidad y con alcances generalizables más allá de los problemas específicos de la organización de los servicios de enseñanza? ¿Acaso para ganar en precisión, no es preciso sacrificar alcances? Por lo pronto, a diferencia de Ramírez, Bauzá puso en juego enfoques institucionales muy bien elaborados, y la ventaja de éstos es que permiten anudar cuestiones de principio en torno a temáticas muy específicas. No es sorprendente, pues, que Bauzá comenzara por llamar la atención acerca de un rasgo muy específico de la reforma vareliana de la enseñanza pública: la reabsorción en manos de un funcionario estatal, el Inspector General, de todas las prerrogativas y responsabilidades que antes recaían sobre las Juntas Locales - herederas lejanas de los tradicionales ayuntamientos o juntas de vecinos - con respecto a la contratación y destitución del personal docente, a los programas, a la asignación de los recursos, etc. Y como Bauzá no gustaba de eufemismos ni "tenía pelos en la lengua", no trepidó en calificar a esa reabsorción como un asalto expropiatorio a resultas del cual una casta minoritaria de profesionales se adueñaba en forma excluyente de los aparatos y los recursos destinados a la enseñanza. Así, mientras que la corporación educativa se rodeaba de una espesa muralla de impunidades y opacidades, la ciudadanía uruguaya era forzada a renunciar a su capacidad de incidir en áreas tan decisivas como, por ejemplo, a quiénes confiar la tutela de los niños, qué requisitos y acreditaciones deben satisfacer aquellas personas que asumen, frente a la nuevas generaciones, posiciones ejemplares de autoridad moral y cívica, así como de transmisores de los legados compartidos.

Por cierto, Bauzá no compartía las ilusiones pueriles de los utopistas escolares. Tampoco creía que una enseñanza de espaldas a la gente, orientada y administrada por una casta docente, exonerada de controles cívicos, tenía que redundar necesariamente en efectos nocivos y distorsionantes, ni que devolviendo a los vecinos de cada localidad sus antiguas prerrogativas, se aseguraban mejores logros educativos y asignaciones más rendidoras de recursos. En realidad, Bauzá entendía que toda la temática educativa debía ser desmistificada y sometida a una dieta de adelgazamiento que la depurara de sus hinchazones e inflamaciones. En sus dimensiones más específicas, no pasaba de ser un asunto menor en la vida de cada hombre y de un pueblo, un tránsito de corta duración, meramente introductorio - proponía redesignarlo como "instrucción" - del que no podría esperarse

ningún impacto renovador ni revigorizador, y apenas una primera aproximación a códigos y saberes en versiones inevitablemente atrasadas con respecto a las que están siendo manejadas para guiar las iniciativas y las reasignaciones de recursos en trámite. Y en cuanto a sus alcances más genéricos y con impactos más duraderos sobre las trayectorias vitales de los individuos y sobre los destinos de los pueblos, los mismos sólo podían cultivarse como un subproducto indirecto de los emprendimientos vigorosos y de los desempeños institucionalmente cuidadosos, nunca como metas a perseguir directamente y a través de operaciones de agentes especializados, ajenos a los debates y de espaldas a los foros de opinión profana.

13. Las denuncias certeras de las iniquidades y las distorsiones asociadas a los monopolios y las asimetrías

Y bien, si la sensatez de Bauzá lo inclinaba a atribuir una gravitación muy limitada a lo que ocurre dentro de las aulas, ¿cómo se explica el tono indignado de sus denuncias al referido despojo cívico? Lo que para él estaba en juego era una cuestión de principios y no de eficiencia: una comunidad de hombres y mujeres libres que declina esas prerrogativas - aún cuando las mismas no se le sean muy caras ni asociables a sus apuestas más decisivas, y aún cuando su ejercicio no depare siempre asignaciones más rendidoras de recursos ni mejores resultados - empieza a recorrer a la inversa el camino emancipatorio que los condujo desde el estatuto de súbditos sometidos a arbitrios inconsultos y a tratos desiguales, lesivos de su dignidad moral, hasta la (re)conquista reciente de sus títulos de autoridad. Y lo que importa tener en cuenta aquí es que las argumentaciones y consideraciones esgrimidas por Bauzá contra lo que designaba como "el monopolio rentístico y numérico" de la enseñanza oficial, resultan igualmente pertinentes cuando se aplican - como él hizo - a otros formatos consagradores de monopolios, cuasimonopolios y toda suerte de asimetrías estatutarias - en particular, los ejercidos por los bancos estatales - a los que el propio Bauzá asignaba una trascendencia mayor e impactos duraderos más perniciosos.

Dados los alcances generalizables de dichas argumentaciones, conviene resumir sus principales blancos de ataque e identificar sus ventajas con respecto a las desplegadas por Ramírez. Por lo pronto, la atribución excluyente del ejercicio de las potestades y responsabilidades rectoras en relación con los servicios oficiales de enseñanza por parte de un núcleo de funcionarios con especialización profesional se emparenta sin mayores violencias con aquellos sesgos estamentales que asumen los experimentos totalitarios, en los que un núcleo minoritario - por ejemplo, los miembros del partido único, apenas el 1% o el 2% de la población adulta - disfrutaban de prerrogativas asimétricas con respecto al resto de la ciudadanía. En su aplicación local y específica, dicho formato se conjuga ejemplarmente en los privilegios detentados por una casta profesional de docentes que se coopta y se controla a sí misma, tanto a través de su control monopólico sobre los estudios formativos y la expedición de títulos habilitatorios, como de aquel anómalo sistema de asignación de cargos que pone a un grupo de escolares, por el mero hecho de residir en determinada zona, a disposición de un docente, ya que son los propios docentes los únicos que pueden optar, a partir de pruebas y méritos evaluados por sus colegas, los lugares donde ejercerán sus funciones, sin tener que recabar la aceptación y ganarse la confianza de la otra parte involucrada, los destinatarios de sus servicios, los padres y los vecinos del barrio, despojados éstos de cualquier injerencia al respecto.

Tal asimetría entre ciudadanos de primera y de segunda, en su capacidad para incidir sobre la asignación de recursos públicos, al margen de que se trate de servicios educativos, policiales o de alcantarillado - y Bauzá los ponía a todos en el mismo nivel - constituye un atentado inexcusable a los principios democráticos que presiden la convivencia de un pueblo de hombres y mujeres libres, a la vez que establece un régimen odioso y distorsionante de impunidad en beneficio de aquellos funcionarios públicos exonerados de rendir cuentas ante los más directamente involucrados, sobre

quienes recaen directamente sus desempeños. En este punto, las culpas generacionales se reparten, ya que fue la generación correspondiente al padre de Bauzá la que inventó, por ejemplo, que el jefe de policía del Departamento de Artigas fuera designado y removido por el titular de la presidencia de la República, sin que los vecinos tuvieran voz ni voto, salvo a través de expedientes tan sinuosos como opacos. Por cierto, Bauzá, un persistente defensor de las raíces locales del ejercicio de las instituciones democráticas, no se cansó de denunciar los sesgos distorsionantes de tales formatos y, en particular, sus impactos morales erosionantes sobre una ciudadanía condenada a la impotencia y al desinvolucramiento en relación con aquellos cursos de acontecimientos que más directa y cotidianamente afectaban su destino y sobre los que podían aportar testimonios de primera mano.

En todo caso, las alarmas de Bauzá pueden ser rescatadas en base a diagnósticos bien fundados acerca de los riesgos de distorsión y los impactos nocivos de largo plazo asociados a la conjugación sistemática de asimetrías, impunidades y formatos monopólicos enquistados en torno a los servicios oficiales de enseñanza. En cuanto a los sesgos peligrosos, los mismos se originan en la situación de indefensión y de aislamiento en la que queda confinado el lego, enfrentado al aparato burocrático encargado de administrar dichos servicios. En efecto, las aulas escolares - en forma parecida a las cárceles y los internados psiquiátricos - disponen de una barrera de opacidades tan difícil como costosa de franquear para una mirada profana, desprovista de claves especializadas y de plataformas para ejercitar los intercambios horizontales de voces. En cambio, en el caso de los servicios policiales, de prevención de incendios y de alcantarillado, resulta imposible, tanto impedir que los profanos se involucren, movilicen sus indignaciones y alarmas, como desentenderse de sus reparos y denuncias, por más inexpertas que sean, lo que vendría a confirmar donde residen los diferenciales de peligrosidad, es decir, las mayores probabilidades de consolidación irreversible de asimetrías indesafiadas y de indefensiones ciudadanas.

Y en cuanto al restante componente de los diagnósticos rescatadores de las alarmas de Bauzá, según el cual el despojo educativo desencadenaría improntas nocivas más duraderas y generalizadas sobre las fibras morales y cívicas de un pueblo, no conviene apelar - tal como suele hacerse - a los arrastres prolongados de los años escolares a lo largo de toda nuestra trayectoria vital. Ya he rechazado previamente esa atribución como una exageración infundada, solidaria de ciertas fantasías trasnochadas de omnipotencia educativa, tanto en la buena dirección, como en la mala. En realidad, el peor despojo a que nos somete esa "expropiación educativa" nos afecta mucho menos en cuanto niños y jóvenes receptores de un legado intergeneracional, y mucho más en cuanto hombres y mujeres adultos que han debido administrar y reelaborar dicho legado a partir de orígenes y peripecias diversas, y que, por lo mismo, son portadores de relatos y testimonios irremplazables. Dicho de otro modo, los efectos nocivos más duraderos de tal despojo derivan de sus corolarios morales y cívicos, de los mensajes que se graban a fuego en la memoria compartida. En efecto, al convertir a los miembros de una reducida casta profesional en los únicos autorizados para definir las condiciones y los procesos que garantizan la conformación de los futuros ciudadanos como agentes morales plenamente habilitados, a los que cabe otorgarles prerrogativas, responsabilidades y confiar a su cuidado vidas y patrimonios, se le está diciendo al resto de la población adulta - cuya vocación de prolongarse hacia los porvenires compartidos no se agota con la mera descendencia biológica ni con la crianza y el cuidado de menores - que toda su incidencia sobre el futuro y, en particular, sobre los legados intergeneracionalmente transmitidos estará confinada al ámbito de las asociaciones y los vínculos privados. En términos más groseros, el mensaje para el ciudadano profano es el siguiente: ocúpate de tu pequeña e idiosincrática cadena de continuidades y legados, mientras que nosotros - la corporación especializada de profesionales de la educación - asumimos la paternidad responsable primordial, la transmisión de los patrimonios morales y cívicos compartidos en su versión oficialmente autorizada. Y, por cierto, una población que no rechaza ese mensaje y que es sometida a sus improntas entumecedoras, termina aceptando como normal que los ciudadanos profanos sean descalificados para ejercer esa paternidad primordial, que se les desconozca en cuanto portadores potenciales de aperturas hacia el futuro.

Así, pues, lo que más alarmaba e indignaba a Bauzá a propósito de la reforma vareliana de la enseñanza oficial, era que a partir de su consolidación los residentes en el territorio uruguayo - en términos estrictos, la población masculina adulta - fueron despojados de ciertas prerrogativas y responsabilidades que todas las generaciones anteriores habían ejercido, en el marco de los ayuntamientos y cabildos, desde la época de los iniciales asentamientos de colonos. Y Bauzá no abrigaba dudas con respecto a los efectos de largo plazo de ese tipo de expropiaciones sobre las fibras morales y cívicas de cualquier población, al punto tal que, si hubiera conocido los experimentos recientes de "privación sensorial" - mantener a un sujeto sumergido en un tanque de agua, privado de luz, sonido y cualquier tipo de contacto - se habría adelantado a concluir que las desautorizaciones sistemáticas desencadenan en la ciudadanía entumecimientos similares a los provocados por dichos experimentos.

Eso sí, la argumentación crítica de Bauzá, vista a partir del horizonte actual de controversias y de propuestas alternativas, puede aparecer como unilateral e incompleta, en virtud de haber quedado asociada indisolublemente con un modelo de organización de la "enseñanza común" - la designación que prefería Bauzá - cuyas limitaciones y rigideces - se suele alegar - habrían ido quedando a la vista, no despertando hoy las mismas esperanzas que antes reclutaba: "la escuela del barrio" (o del pago), administrada en la órbita de la junta vecinal o del concejo del distrito. En particular, los planteos de Bauzá perderían actualidad en la medida en que no contemplarían adecuadamente las demandas de respaldar y extender las opciones paternas sobre las escuelas a las que confiarán sus hijos. Sin embargo, tales señalamientos resultan injustos y fuera de lugar. En primer lugar, Bauzá no desatendió a las desventajas en que quedaban las familias de bajos recursos interesadas en que sus hijos se educaran, ya sea en instituciones explícitamente confesionales, ya sea en las más afines a sus convicciones morales y a sus orientaciones en materia de cómo deben ser tratados los niños. Por el contrario, Bauzá acusó a la reorganización vareliana de trasladar las asimetrías asociadas a la distribución de la riqueza y los ingresos al plano de las opciones familiares sobre las alternativas educativas, de modo tal que, mientras las familias acomodadas quedan habilitadas, no sólo a elegir la institución de enseñanza a la que envían a sus descendientes, dentro de una gama abierta de ofertas alternativas y respaldar sus reclamos y señales correctivas con la amenaza de traslado, si no, también y mucho más decisivamente, incidir para que sus hijos crezcan en una familiaridad estrecha, tanto con sus propios legados morales y religiosos, como de sus relatos de orígenes diferenciadores - judíos, alemanes, italianos, ingleses, guaraníes, yorubas, bantúes, zulúes, etc. - en cambio, los hogares más relegados en términos de riquezas e ingresos resultan despojados de opciones y de incidencias, a la vez que deben renunciar a que los servicios de enseñanza se asocien con ellos para transmitir a las nuevas generaciones sus herencias morales y civilizatorias, así como aquellos motivos por los cuales pueden enorgullecerse de sus antepasados. En segundo lugar, las preocupaciones principales de Bauzá se ubicaban más allá de la relación entre los encargados de administrar los servicios de enseñanza y sus usuarios directos, para abarcar a todos los ciudadanos -no sólo los padres - en cuanto asignadores de recursos públicos - no sólo los volcados al área educativa. En tercer lugar, Bauzá consideraba decisivo el ejercicio autorizado de "la voz del ciudadano", no sólo como refuerzo y complemento de la opción de "salida", allí donde es posible disponer de alternativas, si no, también como algo intrínsecamente meritorio y, en todo caso, insustituible en los casos en que no se puede contar con tales alternativas.

14. Más allá de la enseñanza: los fundados temores de Bauzá

Ahora estamos en condiciones de apreciar mejor las ventajas de los recursos argumentales desplegados por Bauzá frente a los utilizados por Ramírez. Los primeros, por un lado, no necesitan respaldarse en ningún supuesto acerca de la gravitación de los tránsitos escolares en la formación y conservación de las reservas morales y cívicas de un pueblo. En efecto, aún aceptando las más

pueriles hipótesis asociadas a los atajos varelianos - la apuesta trasnochada de convertir dichos tránsitos en otros tantos microcosmos libres de los virus de barbarie, donde los nuevos doctores frankenstein podrían alumbrar una nueva raza de ciudadanos virtuosos - las denuncias y advertencias de Bauzá siguen en pie, agregándose nuevas razones para rechazar la expropiación educativa y la entrega de esa forja cívica, presuntamente infalible, en manos de una corporación profesional.

En ese sentido, Bauzá supo anticipar una pendiente que terminaría desembocando mucho más allá de todo lo que Varela imaginaba, aún en sus sueños más ambiciosos. De hecho, lo que más le preocupaba a Varela era poner ciertos límites a la influencia educativa ejercida unilateralmente por las órdenes religiosas: "dejar al sacerdocio la dirección de los niños y de las mujeres es dejarles la dirección de la política y de la sociedad."¹ Desde esa perspectiva, las pautas educativas y los mensajes transmitidos por la escuela oficial vendrían a contrarrestar un monopolio de hecho detentado por el clero. En cambio, lo que Varela no alcanzó a prevenir y que Bauzá, en cambio, advirtió con plena lucidez, era que ese mismo baluarte antimonopólico estaba destinado a convertirse, en función de sus premisas fundacionales, no sólo en una constelación monopólica mucho más peligrosa y menos desafiante que la anterior, si no, además, en un monstruo incontrolable para el propio poder político, es decir, para las autoridades investidas por los ciudadanos profanos. En realidad, Varela estaba jugando desprevenidamente a los fuegos y contra fuegos, sin tener la más mínima idea de lo que tenía entre manos, por lo que no puede extrañar que acabara desencadenando incendios inextinguibles. En efecto, cuando se empieza sosteniendo, por ejemplo, que "La masa ignorante de la población no va a contribuir voluntariamente al sostenimiento de las escuelas; el Estado tiene que imponerle la contribución y el deber de educar a sus hijos para que esa masa ignorante cumpla con él."², ¿cómo se procede luego a reconocer el derecho de las autoridades políticas, elegidas por "esa masa ignorante", a dirigir y controlar la marcha de la enseñanza oficial, a establecer prioridades en términos de asignaciones alternativas de recursos, lo que implica asumir que en ciertas coyunturas se entenderá pertinente retacear o postergar las partidas destinadas a la expansión y mejora de los servicios escolares, para atender otras urgencias? ¿Cómo extrañarse cuando los descendientes de Varela - los Rama, las Tornarías y los sindicatos de educadores - compitan por el control de la administración y del presupuesto de la enseñanza, a la vez que se vanaglorien de no responder a directivas "políticas" - es decir, de desconocer las autoridades investidas por los ciudadanos - de impulsar "políticas de estado" ajenas a las dilucidaciones electorales y al debate entre tradiciones partidarias enfrentadas? ¿O cuando los legisladores y los ministros sólo se animan a incursiones tímidas y marginales en esa materia, temerosos de ser denunciados como culpables de auspiciar injerencias indebidas del "poder político"?

Precisamente, el mérito de Bauzá consistió en advertir que aquella reorganización escolar que pretendía justificarse como un intento de sustraer a la ciudadanía a un monopolio de hecho, terminaría condenando a esa misma ciudadanía a la peor de las indefensiones, no sólo como usuarios de determinados servicios, si no, también y más decisivamente, en cuanto cotitulares del autogobierno. Lo anterior da pie a destacar el segundo tipo de ventajas comparativas de las argumentaciones de Bauzá. A diferencia de las de Ramírez, las suyas, como ya insinué, apuntaban a ciertos flancos y alcances genéricos de la apuesta vareliana, a sus impactos en el largo plazo, más allá de los aspectos estrictamente educativos, sobre los componentes internos del experimento uruguayo, por lo que terminaban coincidiendo y reforzándose con sus ataques paralelos a otras modalidades de monopolios y asimetrías, en particular las propuestas para ser aplicadas a los circuitos financieros y a ciertos sectores de actividades con economías de escala. De esa manera,

¹ José Pedro Varela: "DE LA LIBERTAD RELIGIOSA", citado según Sandra Carreras: "AHORRO Y DISCIPLINA. EL PROYECTO VARELIANO VISTO A CONTRALUZ", en CUADERNOS DEL CLAEH, Montevideo, 1999, N° 83-84, pág. 64.

² José Pedro Varela: "LA LEGISLACION ESCOLAR", citado según Sandra Carreras, ob. cit. pág. 66

Bauzá lograba reunir en un frente común a los diversos motivos de rechazo a las propuestas de formatos monopólicos, activando las robustas y mayoritarias resistencias de toda una generación, la suya, cuyos padres habían corrido muchos riesgos para emanciparse de un régimen basado en el otorgamiento de monopolios y privilegios a una casta de favoritos.

Su estrategia argumental, pues, parecía destinada a ser coronada por el éxito, ya que mientras en su frente común se multiplicaban las convergencias, en cambio, en las filas opuestas campeaban las discrepancias y sólo se defendían las modalidades monopólicas a título de excepción y con razones meramente instrumentales. Así, por ejemplo, salvo en lo relativo a la enseñanza, Varela se alineaba con las posiciones de neto cuño liberal predominantes en su generación, por lo que no tuvo empacho en combatir vehementemente al incipiente sistema jubilatorio uruguayo, argumentando que "...establecer el montepío para obligar a ahorrar al empleado público, es suponer que el Estado conoce mejor que el individuo empleado lo que le conviene; o, lo que es lo mismo, es desconocer la eficacia del criterio individual para regular la conducta de los hombres...es la puerta de entrada a un comunismo disfrazado, cuyos efectos sobre la moralidad social son incalculables."³

A los efectos presentes, no interesa averiguar cómo se las arreglaba Varela para conciliar esa argumentación, ya no sólo con su apuesta a favor de la intervención estatal en la enseñanza, si no, además, con su descalificación de la población como "esa masa ignorante". Lo que aquí importa, en cambio, es destacar es la extraña distribución de fortalezas y debilidades entre ambos bandos. En efecto, los "monopolistas sectoriales" iban contra la corriente y ocupaban posiciones difíciles de defender en el plano de los principios morales y de los compromisos democráticos. Sólo podían alinear razones de conveniencia y tenían que asumir la carga de la prueba. Sus fuerzas se incrementaban en aquellos territorios específicos en los que la descentralización de las iniciativas y las responsabilidades había dado lugar a fracasos muy notorios o a crisis incontrolables: la educación común y el circuito financiero. A su vez, el frente liberal era fuerte donde el bando opuesto era débil, en el plano de los principios y al nivel del civic common sense acumulado en el experimento uruguayo. Su debilidad era comparable a la de los diques edificadas para retener una masa hídrica. Así como la más pequeña fisura permite penetrar al agua en la estructura y ejercer una acción demoledora, de modo similar, cualquier concesión parcial y provisoria a los formatos monopólicos y a las asimetrías indesafiables, en procura de rendimientos localizados y coyunturales, termina desencadenando una secuencia de sucesivas ampliaciones del área de aplicación aceptable de dichos formatos.

Y por cierto, en el caso de un experimento como el uruguayo, tan acosado por precariedades, inmadureces y desequilibrios institucionales, tales concesiones parciales y provisorias se presentaban muchas veces como atajos tentadores y como andamios provisorios a desmontar una vez consolidadas las acumulaciones iniciales. El propio Varela, al menos en su mejor versión, no pondría reparos invencibles a la consideración de su reforma de la enseñanza como un recorrido inevitablemente sesgado que más adelante habría de ser parcialmente desandado. Del mismo modo, aún los más vehementes "liberales" de esa generación - incluyendo a Bauzá y a Herrera y Obes - incurrieron en compromisos y transaron con procedimientos reñidos con sus principios, justificándose a partir de consideraciones de viabilidad y de oportunidad.⁴ Vistas las cosas desde la perspectiva que otorgan los desenlaces posteriores, uno está tentado a concluir que esa generación, a pesar de la lucidez con que denunció los sesgos nocivos de los formatos monopólicos y asimétricos, no acertó en sus balances entre principios y estrategias, no supo reclutar resistencias cívicas

³ Ibidem, citado según Sandra Carreras, ob. cit. pág 65.

⁴ Para ilustrar el arraigo y la extensión de los rechazos de cuño liberal a cualquier estatuto tendiente a consagrar habilitaciones diferenciales y privilegios corporativos, vale la pena recordar que los legisladores uruguayos se opusieron tenazmente y durante varias décadas a la exigencia de asesoramiento letrado profesional para las instancias judiciales, argumentando que dicha exigencia establecía un monopolio y convertía a la ciudadanía en clientela cautiva de una casta de abogados.

robustas y sensatas a las impaciencias y avideces por resultados inmediatos, ni canalizar esas mismas impaciencias en un marco capaz de preservar las mejores reservas morales y cívicas. Con todo, tal conclusión puede ser acusada de conjugar una soberbia gratuita con un provincianismo temporal y, sobre todo, de abusar de aquella asimetría que beneficiaría al apostador capaz de consultar los resultados de las carreras antes de su largada.

En realidad, a la hora de confeccionar un balance ponderado de lo que pudo hacerse en esa encrucijada para evitar que las fisuras terminaran demoliendo la represa que retenía aquellas reservas - así como a la hora de reconstruir pormenorizadamente los procesos a través de los cuales se fueron produciendo las sucesivas fisuras y filtraciones- sería preciso disponer de una competencia especializada y de un caudal de información historiográfica muy superior a los escasos indicios y atisbos que dispongo. Lo que sí está a mi alcance como observador profano, heredero del legado de aquella generación, es escudriñar entre los mensajes y convocatorias dirigidos a la ciudadanía con mayor éxito circulatorio, para localizar algunos indicios primarios pero inequívocos - "a confesión de parte, relevo de prueba" - confirmatorios de la mencionada rebaja del horizonte interno del experimento uruguayo.

¿Qué cabe rescatar, desde nuestro presente, en aquellas alarmas de Bauzá frente a las primeras arremetidas de los formatos monopólicos? En lo estrictamente referido al capítulo de la enseñanza, hoy en día parece imponerse en el mundo entero -salvo en el Uruguay - las reivindicaciones levantadas por Bauzá en torno a las prerrogativas democráticas de los ciudadanos profanos y de sus representantes con respecto a la orientación y administración de los servicios educativos, tanto estatales como privados. Más allá de las controversias especializadas acerca de los detalles organizacionales de esa reapropiación democrática, lo que aquí interesa retener es cómo han sido afectadas las reservas morales de la ciudadanía uruguaya por las señales intercambiadas en torno a la enseñanza oficial y, en particular, hasta qué punto quedaron expuestas a deterioros cuando toleramos que nos descalificaran como "una masa ignorante" y que se edificara "una escuela de espaldas al pueblo uruguayo" y a sus partidos políticos. Todo autoriza a suponer que la principal amenaza recae sobre nuestra musculatura para imaginar y construir futuros, la capacidad de avizorar nuestro propio destino como una secuencia irreversible de desafíos renovados y de riesgos cambiantes, abierta a nuestras iniciativas, olvidos y rescates. En efecto, al delegar en una corporación profesional la responsabilidad de preparar a las nuevas generaciones para lidiar con las tareas y los escenarios que les deparará el porvenir, fuimos tentados a considerar a nuestro propio futuro como una continuidad de recorridos redundantes a lo largo de escenarios sucesivos que sólo podían depararnos algo más de lo mismo. En efecto, cualquier profesión, por su propio compromiso con un rubro acotado de resultados, sólo puede proyectar hacia delante una continuidad de avances lineales. Por el contrario, un porvenir abierto a través de sucesivas encrucijadas dramáticas, cada una de las cuales obliga a reformulaciones conceptuales de los compromisos y los desafíos, nunca puede encajar en esa continuidad rutinaria, en la que los testimonios y las inquietudes profanas están descalificados de antemano y no pueden introducir aportes decisivos. De ese modo, el horizonte interno del experimento uruguayo quedó expuesto a que un mensaje amenazante de redundancia e irrelevancia terminara entumeciendo la capacidad de los hombres y las mujeres involucrados en dicho experimento de alimentar sueños audaces y ambiciones robustas, a la vez que erosionando las reservas morales y cívicas necesarias para que cada generación explore senderos inéditos y asuma sus propias cuotas de riesgos e incertidumbres. Y por cierto, de completarse esa acción entumecedora y erosiva, quedaría allanado el escenario para la consolidación de los formatos monopólicos como el único desenlace imaginable y deseable. En efecto, ¿en qué podrían fundarse las resistencias a tales formatos cuando se supone de antemano que sólo se puede trazar un sendero lineal de asignaciones más o menos rendidoras? O, dicho de otra manera, si se considera que no hay margen para la convivencia prolongada de diferentes orientaciones y estrategias asignativas, ¿qué podría añadir la pluralidad de titularidades sobre iniciativas más que una mera dispersión y la pérdida de las economías de escala?

15. Los barrotes que faltaban en la cárcel de los sueños

A esta altura conviene disipar posibles equívocos. No estoy tratando de poner en boca de Bauzá - ni estoy inclinado a sostener por mi cuenta - una acusación formal a la reforma vareliana como responsable, por sí misma y en función de sus impactos específicos, de desencadenar el recorte de dicho horizonte interno. Tal acusación sería insostenible, ante todo por que hasta para hacer mucho mal se requiere genialidades y audacias que estaban fuera del alcance de Varela y de sus continuadores hasta el día de hoy. Después de todo, los alcances más siniestros de su reforma residían en sus mensajes descalificadores e inhabilitadores de la opinión profana y de sus representantes. Y tales mensajes no se diferenciaron entonces ni hoy se diferencian mucho de aquella retórica usual que suelen poner en circulación, por ejemplo, los médicos, los abogados y, más en general, los titulados de una profesión recién ascendida a posiciones de reconocimiento público, con vistas a cortar de raíz, por intimidación, cualquier conato de resistencia a dicho ascenso y, más decisivamente, cualquier enjuiciamiento profano de sus desempeños. En todo caso, a diferencia de las restantes profesiones en ascenso, la docente siempre estuvo en condiciones desventajosas para desplegar exitosamente dicha retórica intimidatoria. En efecto, sus miembros no pueden reclamar para sí aquellos niveles diferenciales de manejo de códigos conceptuales, instrumentales y saberes especializados, inaccesibles al lego no entrenado, que justifican la ubicación de los titulares de otras profesiones como fuentes irremplazables de consultas. Y para peor, tienden a ser visualizados como meras figuras auxiliares, que se limitan a acompañarnos, en cuanto proveedores sucedáneos de cuidados y respaldos, hasta el umbral de nuestra habilitación moral y cívica, como si ellos mismos no terminarían de recorrer ese tránsito de madurez, no pudieran desenvolverse con comodidad en un mundo de pares y tuvieran que refugiarse en el microcosmos de las relaciones asimétricas entre adultos y niños.

Por otra parte, las corporaciones profesionales - la docente y las restantes - no son los únicos núcleos que emiten mensajes trivializadores, así como relatos de avances lineales y redundantes. También lo hacen los cuerpos burocráticos. Es cierto que éstos, a diferencia de aquellas, se cuidan mucho de rebajar las connotaciones descalificantes explícitas de las señales que intercambian con la opinión profana y sus representantes. Con todo, también es cierto que las inserciones específicas e institucionalmente acotadas de sus desempeños y de sus aportes, los condenan a contabilizarlos en términos estrictamente lineales y a proyectar un porvenir en el que los aportes de las nuevas generaciones resultan redundantes. No es sorprendente, pues, que las voces provenientes de los cuerpos burocráticos, de las corporaciones profesionales y docentes, tiendan a ocupar un lugar secundario, como meros coros de fondo, en aquella polifonía que pone en marcha cualquier experimento cívico no rutinario. En realidad, tales voces secundarias sólo cobran relevancia y gravitan sobre los horizontes internos cuando las voces principales, responsables de renovar la agenda de compromisos y desafíos - los gobernantes y los empresarios, los alineamientos partidarios y las organizaciones sindicales, los académicos y los periodistas, los historiadores y los novelistas, los nucleamientos de opiniones y tradiciones cívicas, de apuestas morales y religiosas, etc. - no despliegan locuacidades genuinas y asordinan sus mensajes, cuando otorgan preferencias sistemáticas a los planteos más enervantes, más despojados de opciones dramáticas e incertidumbres. Cuando así ocurre, resulta casi inevitable que las voces secundarias pretendan reemplazar esos silencios con sus señales y planteos rutinarios.

No creo incurrir en un anacronismo al afirmar que Bauzá identificaba ciertos silencios y asordinaamientos contemporáneos frente a los primeros avances de los formatos monopólicos y de los planteos trivializadores, como otros tantos síntomas amenazadores de los deterioros a los que iban a quedar cada vez más expuestas las reservas morales y cívicas previamente acumuladas por el

experimento uruguayo.⁵ En particular, consideraba que la intervención estatal en los circuitos de captación y de canalización del ahorro, con el respaldo de fondos públicos y de coberturas privilegiadas frente a los riesgos propios de la industria financiera, con habilitaciones monopólicas para algunos rubros - tal como era perfilada en los sucesivos proyectos legislativos de creación de uno o más bancos oficiales - configuraba un conjunto de distorsiones más peligrosas aún que las desencadenadas por la reorganización de la enseñanza pública.

No puedo detenerme a recoger aquí el detalle de la argumentación desarrollada por Bauzá a ese respecto, ni a demostrar cuán acertadas fueron sus previsiones acerca de los impactos entumecedores asociados en los largos plazos a una banca oficial operando en condiciones cuasimonopólicas. Y no sólo por limitaciones de espacio, si no por que tales incursiones me alejarían del enfoque profano de la acumulación intergeneracional que he adoptado. En cambio, me atengo a dicho enfoque al intentar identificar las razones más profundas que alimentaban los temores de Bauzá y, en particular, que lo inclinaban a asignarle menor nocividad a la enseñanza oficial que a la banca oficial. En ambos casos, los sesgos decisivos se ubican en el nivel de los mensajes implícitos a la ciudadanía y operan a lo largo de los mismos carriles: la trivialización y la redundancia de las opciones asignativas, por un lado y, por el otro, la descalificación de las iniciativas profanas. De ese modo, los uruguayos fuimos inducidos a considerar como pertinente y "natural" una preponderante intervención estatal en la captación y canalización del ahorro, por la misma combinación pueril y despistada de razones que presidieron a la reforma varelana de la enseñanza, y que siguieron prevaleciendo a lo largo de un siglo en sus conjugaciones posteriores y en sus extrapolaciones al plano universitario. Tal coincidencia no es forzada ni caprichosa. Después de todo, en la formación de las nuevas generaciones de ciudadanos y en la asignación del ahorro, lo que está en juego es lo mismo: el destino del legado intergeneracional y su proyección hacia el futuro. Y si en un caso se descalificaba a la "masa ignorante" como inhabilitada para incidir, ¿por qué se le habría de reconocer autoridad a esos mismos profanos cuando se trata de establecer aquellas alocaciones óptimas de la riqueza acumulada de las que van a depender los niveles futuros de los patrimonios y los ingresos localmente retenibles? Por supuesto, el cerco de pretensiones monopolizadoras y descalificantes se completa y se refuerza mediante planteos trivializadores similares a los adoptados con respecto a la enseñanza, a partir de los cuales la continuidad intergeneracional queda reducida a una mera sucesión de avances lineales, es decir, "un poco más de lo mismo".

No es sorprendente, pues, que los mensajes oficiales puestos en circulación en ambos terrenos apelen a justificaciones similares de modalidades expropiadoras - en perjuicio de la incidencia de las iniciativas y de los testimonios profanos - y concentradoras de prerrogativas y responsabilidades en manos de alguna instancia sustraída a contrastaciones. Cabe preguntarse, sin embargo, si tal paralelismo no conduce a exageraciones. Si no deja de lado, por ejemplo, diferencias notorias entre una tradición de enseñanza oficial explícitamente distanciada del poder político - es decir, de los títulos de autoridad otorgados por la ciudadanía - por un lado y, por el otro, una banca oficial cuya gestión nunca aparece empeñada en legitimarse mediante ese tipo de distanciamientos. Y en esa

⁵ En realidad, Bauzá acusó a sus contemporáneos de asumir actitudes perezosas y cobardes ante las distintas embestidas anticlericales desencadenadas durante el gobierno de Santos. En una carta dirigida a un amigo residente en Europa, se expresaba en los siguientes términos: " ¡Qué bien ha hecho Ud. en marcharse! A la fecha, si lo hubieran condenado a vivir en Montevideo, sobre todo durante esta última tormenta, no me atrevo a decir lo que hubiera sucedido. Mientras las mujeres con su abnegación pasmosa y sin distinción de estado, casadas, solteras, monjas, Hermanas de Caridad, etc. protestan contra las arbitrariedades de que son víctimas y se dejan expulsar del país, antes que ceder sus derechos; mientras que los sacerdotes regulares y seculares se plantan delante de las puertas de los templos y casas religiosas para envararse con la autoridad civil y oponer la razón a la fuerza, el "non possumus" a la arbitrariedad; nosotros, el laicismo católico, los hombres de los discursos concisos y de los artículos incendiarios no somos gente para firmar una miserable protesta, por que hay graves y trascendentes intereses que se oponen a ello! ", citado según Gabriel Abend: "SANTOS, LA PARTIDOCRACIA Y LA SECULARIZACION EN EL URUGUAY", en CUADERNOS DEL CLAEH, N° 83-84, pág. 49.

medida, las denuncias y las alarmas de Bauzá con respecto a la intervención estatal en los servicios financieros, ¿no deberían adoptar un tono mucho más moderado, más acorde con la menor peligrosidad de los formatos monopólicos y asimétricos que allí se instalan, en comparación con los que campean indeseables en el plano de la enseñanza y desde allí despliegan sus mensajes erosivos sobre las reservas morales y cívicas del experimento uruguayo?

En lo relativo al reconocimiento de la autoridad emanada de la ciudadanía, si bien esos matices diferenciales son cultivados deliberadamente, tanto por los bancos oficiales, como por los restantes organismos de la administración descentralizada - y en materia de instituciones políticas, los reconocimientos públicos equivalen a compromisos - lo cierto es que dichos reconocimientos no han encontrado traducciones apropiadas en los planos donde duele e importa, allí donde la opinión profana puede hacer pie por cuanto ha sido invocada - aún elípticamente - como tribunal arbitral de los méritos y deméritos de las gestiones. No corresponde insistir sobre un ángulo que sólo tiene una conexión marginal con lo que aquí está en juego, por lo que me limitaré a destacar un rasgo sintomático que viene a reforzar el paralelismo esbozado. Cuando los directorios de los bancos oficiales y de los demás organismos de la administración centralizada - incluyendo los encargados de los servicios oficiales de enseñanza oficial - intentan justificar su gestión frente a la opinión pública o a sus representantes, jamás recurren a consideraciones asociadas a las tradiciones partidarias que respaldaron su nombramiento. Si bien no renuncian a invocar dicho respaldo mayoritario como fuente última de legitimación democrática de su autoridad para adoptar decisiones, cuando se ven emplazados a justificar dichas decisiones frente a la opinión pública y a sus representantes, siguen las huellas de Varela: se desvinculan explícitamente del plano de los debates cívicos y de las controversias morales, para apelar, en cambio, a supuestos consensos en torno a "políticas de estado" y a consideraciones tecnocráticas.⁶

En lo relativo a los grados mayores o menores de nocividad, los mensajes descalificadores desencadenados a partir de los cuasimonopolios y las asimetrías enquistadas en el ámbito de la enseñanza sólo pueden descargarse dentro de ciertos límites, a lo largo de un tramo muy reducido de las trayectorias vitales de los hombres y las mujeres, un tramo en el que si bien son vulnerables por su propia inmadurez y las interdicciones a las que están sometidos, todo lo que ocurre y es recibido lo es "a título provisorio y con beneficio de inventario". Además de ser limitados, tales impactos resultan contrarrestables por anticuerpos contenidos en los propios objetos de los aprendizajes más básicos, ya que allí anidan invitaciones a desarrollos inéditos y divergentes. En cambio, ninguna de tales defensas está disponible en aquellos territorios que reciben las improntas de la actividad bancaria oficial, tal como ésta se vino a instalar en el horizonte del experimento uruguayo, a modo de una cabecera de puente a partir de la cual se iría abriendo paso, no sólo a una extendida red de monopolios estatales, si no, también, a la proliferación de circuitos regimentados con severas restricciones de ingreso y de funcionamiento. De ese manera, vino a confirmarse otra vez la lucidez previsor de las alarmas y denuncias de Bauzá: a la larga iban a resultar mucho más estrechos y opresivos los cercos que la intervención estatal en la canalización del ahorro ayudó a construir para aprisionar los sueños y las ambiciones de los uruguayos, que aquellos otros cercos edificados a partir de la intervención estatal en la enseñanza.

Tales aciertos anticipatorios deben ser revalorizados a la luz de los escasos indicios que podía manejar Bauzá. Por un lado, los reiterados episodios de bancarrotas en que habían desembocado los bancos privados en la segunda mitad del siglo XIX - con repercusiones gravísimas y prolongadas - debilitaba y tornaba inoportuno cualquier intento de poner reparos a la implantación de una banca oficial con amplias y exclusivas prerrogativas. Por otro lado, los perfiles iniciales de

⁶ Así, por ejemplo, cuando un legislador de la oposición consideró que el cambio de las bases de referencia para la confección de las cuentas nacionales unidades respondía a una maniobra de "maquillaje" por parte de las autoridades del Banco Central, la respuesta central del Presidente del Directorio fue que tal acusación constituía un agravio al cuerpo de funcionarios profesionales del Banco, sólidamente respaldados por sus méritos académicos.

dicha banca y los mensajes asociados a su consolidación no parecían prestarse a justificar alarmas. En realidad, Bauzá apenas pudo entrever las primeras insinuaciones, las señales incipientes de aquellos mensajes entumecedores que más adelante iban a completar el cerco descalificatorio. Su prematura muerte (1899) le impidió asistir a la consolidación de ese cerco y a su progresivo estrechamiento. En efecto, a lo largo del período transcurrido entre 1910 y 1930, "la generación de los hijos de Bauzá" permitió que se entronizara un discurso oficial según el cual las iniciativas y los aportes de los agentes económicos se limitaban a apropiarse de riquezas y rentas en cuya génesis no tenían participación sustantiva tales iniciativas y aportes, salvo en términos de mera "administración" de valores resultantes de progresos civilizatorios lineales y autodesencadenados.⁷

Dicha entronización - y lo que sigue vale para todas las referencias que hemos hecho a los componentes internos del conjunto de oportunidades - no debe entenderse en el sentido de estadístico, como si fuera sustituible por un alineamiento mayoritario de las creencias albergadas por cada uno de los uruguayos en su fuero privado. Lo más probable es que una compulsa de ese tipo arrojará una dispersión amplia de opiniones, a pesar de lo cual, todo intento de desafiar públicamente dicho discurso oficial empezó - a partir de ese período y hasta nuestros días - a correr en desventaja y quedó expuesto al cargo intimidatorio de apoyar posturas "empresistas".

Precisamente, el que el término de "empresista" llegara a adquirir tales connotaciones desacreditadoras, a nivel del intercambio público de argumentaciones, constituye el síntoma más inequívoco de la entronización del nuevo discurso oficial sobre las actividades económicas y, en otro sentido, de los avances exitosos del "batllismo" en su intento de reconfigurar el horizonte interno del experimento uruguayo. En todo caso, tales avances sólo llegaron a perfilarse y cobrar impulso bastante después de la muerte de Bauzá, por lo que, a menos de contar con referencias anticipatorias muy precisas - como las que disponemos a propósito de la industria financiera - no corresponde alistarlos a pelear en batallas póstumas, como si tratara de otro Cid Campeador.

Por el contrario, no es extemporáneo convocarlo como testigo de cargo en relación con las innumerables majaderías y temores pueriles que hemos venido acumulando los uruguayos sobre los circuitos de canalización del ahorro. Tomados por separado, cada uno de nosotros puede sustraerse fácil y rápidamente a esas falencias, para advertir, por ejemplo, hasta qué punto nuestra obsoleta y desprofesionalizada red bancaria oficial sólo ha servido para malversar reservas acumuladas a lo largo de varias generaciones, para otorgar créditos a quienes ya cuentan con respaldos patrimoniales, para acumular carteras morosas y para trasladar los costos inflados de su funcionamiento incompetente, así como las cargas de los débitos incobrables, sobre las espaldas de los acreedores disciplinados y de las generaciones posteriores. En cambio, toda esa lucidez se evapora cuando se trata de administrar nuestro ahorro privado y colectivo, cuando se trata de tomar medidas destinadas a eliminar las barreras de ingreso y las múltiples rigideces que distorsionan la operativa de nuestro sistema financiero. Allí nos dejamos atrapar por todas las inercias y callos mentales: alimentamos desconfianzas medievales con respecto al "capital especulativo", oponemos ingenuamente "el sector financiero" y "el sector productivo", nos alineamos en la defensa de la banca oficial y nos agolpamos como clientes suyos, con el pretexto de que "no son meros bancos, si no que están al servicio del país" (como si ello no fuera una buena razón para huirles como a la peste).

⁷ En el lenguaje especializado de la economía, se suele distinguir dos modalidades de apropiación de ingresos o, si se prefiere, de justificación de los mismos. Se conviene en denominar "rentas" a aquellos ingresos que se derivan de la propiedad sobre algún recurso configurado como escaso - ya sea por limitaciones y rigideces de su oferta, ya sea por las restricciones impuestas al ingreso de nuevos ofertantes - de modo tal que la retribución al (a los) titular(es) sólo se justifica, tal como lo señala Ramón Díaz (EL OBSERVADOR, 18/12/99) "por la propia escasez (del recurso), sin poner él mismo nada como contrapartida". En cambio, la distribución funcional de los ingresos es aquella que se justifica como retribución a los aportes diferenciales de factores disponibles sin restricciones y reemplazables por sucedáneos. En ese sentido, cabe afirmar que los mensajes públicamente predominantes en el experimento uruguayo tienden a considerar a todos los ingresos como "rentas".

Y por supuesto, los resultados agregados no podrían ser peores. Por lo pronto, carecemos de flujos de ahorros disponibles para colocaciones de riesgo, así como de instituciones especializadas en el reclutamiento de dichos flujos y en la selección de los proyectos de inversión. Como contrapartida, la mayor parte del ahorro local y el de no residentes está colocado en depósitos bancarios en moneda extranjera y a plazos fijos (a lo sumo 180 días). Cabría alegar que tales resultados, tomados por separado, pierden sus connotaciones más gravosas en la medida en que pueden ser justificados como meras inmadureces, como retrasos "razonables" en los ritmos de evolución de nuestros circuitos financieros. Sólo que esas "excusas" se derrumban cuando se examinan los mensajes públicamente intercambiados al respecto, en particular, los provenientes de aquellas posiciones institucionalmente encargadas de liderar y acelerar tales ritmos. En efecto, lejos de resaltar entumecimientos y rigideces, tales mensajes se dedican a elogiar la fortaleza de nuestra plaza financiera, demostrada una vez más - según ellos - en ocasión de los desequilibrios financieros desencadenados en todos los mercados emergentes a partir de las crisis mexicana (1995) y rusa (1997), carentes de impactos locales. De ese modo, las excusas alegadas, no sólo resultan desautorizadas, si no que se convierten en la expresión más inequívoca - "el pez por la boca muere - de un provincianismo tan arraigado como autocomplaciente. A los efectos presentes, resulta irrelevante escudriñar por detrás de esos mensajes las intenciones y las creencias de sus emisores. Lo que cuenta es lo que se dice a la gente y, más precisamente, cómo se la invita a avizorar al mundo y a encontrar indicadores de fortaleza y confianza. Y por cierto, lo único que puede explicar esa visión autocomplaciente es una vocación "albanesa" a ponerse de espaldas al mundo y no mirar por encima del cerco local, ya que si los niveles de las distintas modalidades de colocación de ahorro en el Uruguay no resultaron afectados por aquellas tormentas descargadas sobre los mercados de capitales, ello no debe acreditarse a presuntas fortalezas y disciplinas, si no que responde, en cambio, a una cultivada incapacidad para atraer y retener capitales de riesgo, por un lado y, por el otro, a la rigidez de las condiciones y términos asociados a la casi totalidad de las colocaciones del ahorro en el Uruguay. (Si vamos al caso, ni Afganistán ni Haití fueron afectados por esas tormentas financieras. Sólo que, a diferencia de lo que ocurre en esos casos, la incapacidad del medio local para atraer y retener capitales de riesgo se asocia a una fomentada "hostilidad ambiental". A este respecto, vale la pena recordar que en el ranking de países ordenados en un función de la magnitud de la inversión extranjera directa, medida en relación con el PBI, el Uruguay ocupa uno de los últimos lugares).

16. El referente suizo y los componentes estoicos

A esta altura, parece difícil sustraerse a dos requisitorias encadenadas. En primer lugar, ¿en qué consistió exactamente el recorte de horizonte interno del experimento uruguayo y, en particular, en qué se diferencia de meros cambios a nivel de los mapas de convicciones y creencias? Y en segundo lugar, suponiendo que esa caracterización sea acertada, que permita aislar un componente no reductible, por ejemplo, a la entronización pasajera de los formatos monopolísticos y los arreglos asimétricos en desmedro de las iniciativas y los testimonios profanos - con todas sus secuelas distorsionantes y entumecedoras - ¿cómo y por qué empezamos a deslizarnos a lo largo de esa pendiente disminutoria?

Al intentar abordar la primera de las dos requisitorias, es preciso insistir en ubicar el acento, no tanto en las propias intervenciones estatales - moneda común en diversos experimentos parangonables al uruguayo - como en los mensajes públicos asociados y, en particular, sus sesgos descalificantes. Dicho de otra manera, el arraigo duradero de los formatos monopolísticos no se cimentó en convicciones y apuestas positivas, las que, por su propia índole y alcances, resultan expuestas a refutaciones y contrastaciones, obligadas a pelear y abrirse camino en un porvenir abierto a escenarios y peripecias cambiantes. A diferencia de lo ocurrido en los restantes casos en

los que se entronizaron las intervenciones estatales, a partir de convicciones ideológicas y de consideraciones instrumentales, y que, por lo mismo, se expusieron a los desencantos y los fracasos, aquel maridaje que desembocó en la consolidación duradera de esos formatos en cuanto componentes definitivamente arraigados en el horizonte del experimento uruguayo - tal como terminaron de perfilarse a partir de la segunda y la tercera década del siglo XX - se basó en apuestas negativas y, por lo mismo mucho menos vulnerables. Sólo así podría explicarse el que la ciudadanía uruguaya nunca se haya considerado invitada a nuclear entusiasmos en torno a los bancos oficiales y a los institutos de enseñanza oficial como ejes de desencadenamiento de innovaciones, a involucrarse en ellos como coprotagonistas de emprendimientos y aventuras compartibles, ni a abrigar fuertes expectativas con respecto a la eficacia de esos instrumentos en términos de asignaciones de recursos y de acumulación de reservas.

Esos mismos componentes negativos adquieren su conjugación más específica e incontaminada en aquellas funciones que todos los experimentos consolidados, sin excepciones, adjudican a agencias estatales especializadas en forma de monopolios estrictos: la administración de justicia y los servicios policiales de prevención del delito y de localización de los sospechados como infractores. En estos terrenos, si bien está clausurada de antemano cualquier controversia acerca de la pertinencia y los rendimientos de los formatos monopólicos, se abren opciones en cuanto a las modalidades de habilitar e involucrar a los ciudadanos comunes y corrientes en la configuración saneada de los recursos de autoridad ejercidos y en el control de las decisiones y de los procedimientos adoptados: las prioridades en cuanto a los tipos de delitos que se deben prevenir e investigar, las asignaciones de personal y de recursos, las opciones de los fiscales en cuanto a retirar cargos, aceptar arreglos previos a la instancia propiamente judicial, etc. Y bien, algunas muestras extraídas al azar de los mensajes emitidos por los jueces y jefes policiales alcanzan para concluir que, a diferencia de lo que ocurre en otras tradiciones cívicas e institucionales, esos funcionarios uruguayos tienden a reivindicar sus atribuciones y sus formas de administrarlas a partir de aquellas mismas connotaciones descalificadoras que el discurso vareliano hacía recaer sobre "la masa ignorante". (En realidad, ni siquiera es preciso remontarse al análisis de los discursos oficiales para arribar a conclusiones similares: la ciudadanía uruguaya cotidianamente de indicios inequívocos a ese respecto, a través del trato que recibe, por ejemplo, por parte de los inspectores municipales de tránsito. En efecto, éstos operan con arreglo a aquel supuesto que invita a tratarnos como villanos potenciales, a desconfiar de nuestra responsabilidad, y a considerar que sólo podemos ser disciplinados como usuarios mediante la amenaza de sanciones.

No puedo extenderme aquí sobre tales sesgos negativos de los mensajes predominantes sin incursionar en un terreno en el cual las advertencias de Bauzá ya no sirven de guía. Obligado a resumir aquí algunas sugerencias al respecto, me arriesgo a caracterizar su contenido como un conjunto de rechazos y distanciamientos "estoicos", empeñados en "domesticar el azar" y en "ponerle cadenas al transcurrir del tiempo", al flujo renovado de circunstancias y desafíos que convoca a cada generación a revisar los legados recibidos, sus mapas de creencias, apuestas y compromisos. Por cierto, tales rechazos pueden asumir una versión positiva, toda vez que admiten ser reformulados como un intento de edificar las premisas últimas de la dignidad de los ciudadanos en un terreno cercado, inmune a las contingencias, a los inevitables tanteos y discrepancias. Sólo que el triunfo de ese intento equivale a instalar el destino y los protagonismos de los individuos y de los pueblos en un paisaje desierto, en el que nada de lo que hacemos le agrega nada al mundo y en el que los cursos de acontecimientos no tienen nada que decirnos. Por lo mismo, dicho triunfo nos condenaba a vivir en un tiempo congelado, en una especie de "eternidad estoica", indiferente a los itinerarios recorridos, así como a las urgencias y desafíos propios de cada tramo, con sus correspondientes convocatorias refundacionales. ¿No es acaso ilustrativo que los hombres más empeñados en la construcción de ese cerco hayan tomado como referente al experimento suizo, condenado a vivir al margen del orden mundial que otros tratan de construir, como un mero usuario parásito, beneficiario de las dificultades y de las acumulaciones ajenas?

Y a ese respecto, es preciso marcar algunas diferencias. La primera es la que se insinúa detrás del término "condenado": en el caso suizo, más que de una opción asumida por sus méritos, parece haberse tratado de una adaptación a circunstancias y antecedentes internos y externos que no dejaban muchas alternativas. La segunda estriba en que por su propia composición e inserción en un cruce de pueblos y tradiciones, el experimento suizo está más a salvo de deslizarse por las inevitables pendientes provincianas que amenazan a los "cercos estoicos", a pesar de sus pretensiones de alumbrar una ciudadanía cosmopolita. En el caso uruguayo, en cambio, todo parece indicar que hubo un fuerte componente de opciones asumidas, y que eso lo tornó mucho más vulnerables a las tentaciones provincianas, tal como se explicitará en el próximo apartado, al analizar la evolución de los modelos de relatos historiográficos.

Ahora bien, suponiendo que lo anterior responde a la primer requisitoria, la respuesta a la segunda debe hacerse cargo de las perplejidades que han quedado planteadas. ¿Cómo es que el experimento uruguayo quedó atrapado en el "cerco estoico" que acaba de ser esbozado? ¿Fue el resultado de un "ajuste adaptativo" a la baja, hijo del temor a los riesgos, las incertidumbres y las discrepancias no dilucidables trivialmente o, por el contrario, se trató de un "error por lo alto", una apuesta ambiciosa aunque despistada? Y su consolidación, ¿redunda inevitablemente en una desmoralización, en una pendiente entrópica de enervamiento de nuestra musculatura moral y cívica o, en cambio, aunque entumece alguna de sus fibras, ejercita a otras y las mantiene tonificadas?

Los escasos elementos de juicio que dispongo no me permiten pronunciarme fundadamente sobre los méritos de ambas reconstrucciones. Tampoco estoy seguro de que ambas sean radicalmente incompatibles. Me inclino a creer que, de ser consultado al respecto, Bauzá se hubiera pronunciado a favor de la primera, es decir, de una secuencia "desmoralizadora", si bien cabe reconocer que en este terreno nuestro homanajeado manejaba una paleta compuesta exclusivamente de blancos y negros. En cuanto a mí, si me obligan a optar, terminaría haciéndolo a favor de la segunda, en atención a ciertos indicios reveladores de ciertas fibras morales y cívicas reactivables. En todo caso, ambas reconstrucciones coinciden en respaldar la tesis inicialmente esbozada acerca del despilfarro del legado público de Bauzá. Y como ése es el eje central de esta exposición, no sería procedente cerrarla sin antes revisar como fue retomada aquella parte de dicho legado que ha tenido más numerosos y cuidadosos herederos: su obra historiográfica.

17. Los desafíos del historiador: Tucídides y Bauzá

En las reconstrucciones narrativas que elaboró Bauzá a propósito de la gesta fundacional del experimento uruguayo, resaltan a primera vista sus continuos aciertos en términos de aquellas ecuaciones que más trabajo cuesta a los historiadores resolver, al punto tal que muchos de sus intentos terminan en otros tantos fracasos. En efecto, el desafío que enfrentan los historiadores consiste en combinar extremos que lucen como inconciliables: explicar lo que ocurrió en términos de ciertos encadenamientos precisos, sin tornarlos ineluctables; hacer lugar para que incidan los aciertos y desaciertos de los protagonistas en la consolidación de determinados rumbos, sin convertir a esos mismos rumbos en un resultado meramente fortuito; rescatar las encrucijadas específicas en las que se mueven los actores en cada tramo del recorrido, con sus urgencias propias y sus secuencias irreversibles, sin condenar a esos mismos actores a operar en un contexto idiosincrático e irreplicable, a quedar aislados en el tiempo y en el espacio, prisioneros de su época y su comarca, insensibles a los desafíos y a los horizontes ampliados por las acumulaciones del pasado y por las contrastaciones con lo que ocurre y lo que está en juego en otros lugares.

En ese sentido, no es demasiado arriesgado afirmar que la labor historiográfica de Bauzá se equipara en sus méritos a la de Tucídides, afirmación que merecería ser solventada en muchos de sus posibles alcances. Por lo pronto, y a cuenta de complementaciones posteriores, nuestro homanajeado de hoy acertó casi siempre a reconstruir las peripecias y las alternativas con las que

tuvieron que lidiar nuestros antecesores como un complejísimo entramado donde se iban anudando acontecimientos e ideas originadas en otros tiempos y lugares, continuidades de largo plazo, por un lado y, por el otro, inflexiones coyunturales, desenlaces puntuales de conductas y resultados.

Tucídides había logrado engarzar propensiones maduradas en el largo plazo - las divergencias que se fueron acentuando con el paso del tiempo entre el polo ateniense y el espartano, los despliegues progresivos de los involucramientos e intereses que cada uno de esos polos nucleaba interna y externamente en torno, por ejemplo, a la navegación comercial, las obras públicas, la plataforma agropecuaria, etc. - en un extremo, con disputas sobre liderazgos militares y estrategias de alianzas, el otro extremo. Tal engarce no era forzado, en la medida en que cualquiera de esos encadenamientos era presentado en términos de opciones asumidas como públicamente defendibles y expuestas a controversias y contrastaciones. Así, por ejemplo, los rasgos diferenciales que caracterizaban a Esparta y a Atenas en la época de la guerra del Peloponeso, son presentadas como opciones asumidas y defendibles públicamente a partir de argumentos que Tucídides pone en boca de los dirigentes y embajadores de ambas repúblicas, y que, lejos de configurar meros mensajes para el "consumo interno", pretenden convocar a terceros a tomar partido en una causa justificable. Dicho de otra manera, Tucídides nunca estuvo tentado a exponer las trayectorias y las conductas de Esparta y Atenas como resultados de encadenamiento ineluctables, ajenos a opciones revisables, por cuanto no podía olvidarse, no sólo de que sus actuales configuraciones diferenciales eran muy recientes y detrás de ellas se extendían pasados muy similares, si no, además, que en el seno de cada una de ellas se alineaban adherentes entusiastas a los modelos morales y a los principios de gobierno adoptados por la otra.

Salvando las distancias, Bauzá hizo algo similar al acertar a entrelazar maduraciones civilizatorias y evoluciones de las ideas, tradiciones y antecedentes institucionales remotos - la ilustración española, las convocatorias desencadenadas por la emancipación de las colonias anglosajonas y por la revolución francesa, los ayuntamientos y sus aprendizajes cívicos - con la agenda de desafíos y las confrontaciones entre modalidades alternativas de consolidación que se fueron perfilando para los pueblos iberoamericanos en las primeras décadas del siglo XIX. Así, por ejemplo, al relatar los acontecimientos que desembocaron en la Junta "rebelde" de 1808, Bauzá se preocupó de anudar los hilos de larga duración, los ecos de lo que ocurría y de lo que se discutía en otras partes del mundo, con las convocatorias que movilizaron al pueblo montevideano y con las consideraciones manejadas por los actores involucrados en esa movilización. Y, en términos más generales, los aciertos narrativos de Tucídides y de Bauzá se basaban en encontrar para cada unidad de acontecimientos y de conductas aquella distancia justa, ni muy próxima ni demasiado lejana, que les permitiera cobrar su gravitación peculiar.

En mor de la honestidad y la exactitud, cabe señalar que Bauzá casi nunca supo o quiso asumir la exigencia que Tucídides consideraba inexcusable, la reconstrucción a nivel conceptual de los principios que han debido fundamentar y servir de guía a las distintas partes involucradas en una confrontación. En ese sentido, puede reprochársele no haber escudriñado a fondo aquello que podía resultar más rescatable detrás de "los designios del centralismo porteño" y "los planes de las logias masónicas", enfrentados a las propuestas federalistas y a su defensa de "la soberanía particular de los pueblos". Y por cierto, para Tucídides un relato así sesgado, incapaz de explicitar las mejores razones de los protagonistas, no cumplía con todos los requisitos exigibles para que una reconstrucción narrativa pudiera figurar como historia.

En cambio, a favor del legado historiográfico de Bauzá puede señalarse, por lo pronto, que, a pesar de haber sido elaborado "desde foja cero", sin antecedentes en los que apoyarse ni otros respaldos documentales que los personalmente rastreados y recuperados, no ha corrido la suerte usual de los esfuerzos pioneros, en los que sus continuadores - munidos de otras fuentes de testimonios y consultas - encuentran múltiples detalles a corregir. (Y en esto también se asemeja Bauzá a Tucídides). En segundo lugar, tampoco han sido revisados los grandes trazos de su reconstrucción: tal como suele destacarlo Alberto Methol Ferré, la historiografía uruguaya posterior no ha sido más

que una profundización y pormenorización del relato de Bauzá. De ese modo, lo que hasta hoy en día se sigue transmitiendo a los niños y jóvenes uruguayos con respecto a nuestra gesta fundacional no difiere sustancialmente de aquella versión originaria. Y, por supuesto, esto ya no puede ser visto como un mérito de Bauzá, si no como un demérito de sus continuadores, en primer lugar, y más allá de ellos, de una comunidad que se ahorró revisiones y controversias, toleró la imposición de versiones oficiales y colaboró en el montaje de una férrea vigilancia sobre la enseñanza de nuestra historia.

18. Los relatos del pasado y las tres pendientes de provincianismo

Así, pues, aquello que había sido asumido por Bauzá como una reconstrucción militante y conflictiva de nuestro pasado, un desafío destinado a provocar controversias y suscitar indagaciones e interpretaciones alternativas, terminó sirviendo de plataforma para lo que él más repudiaba: la instalación de un monopolio sobre el pasado y sobre la forma de transmitirlo a las nuevas generaciones. Y la cosa no terminó allí: a ese primer despilfarro de su legado historiográfico, vino a agregarse otro tan o más grave. En efecto, si bien era inevitable que los continuadores adoptaran abordajes mucho más "especializados", recortes metodológicos mucho más acotados, menos "militantes" y comprometidos, no por eso había que aflojar aquellos anudamientos narrativos que Bauzá había acertado a tensionar entre el largo plazo y la coyuntura, entre el contexto local e internacional, ni a asumir enfoques cada vez más "provincianos" - tanto en términos temporales, como espaciales - sobre nuestro pasado.

Antes de resumir las principales secuencias de lo que consideramos como un deslizamiento progresivo a lo largo de una pendiente de "provincianismo historiográfico", es preciso introducir dos capítulos de aclaraciones. Por lo pronto, al alegar falta de competencias especializadas para justificar la adopción de un enfoque "profano" de la acumulación intergeneracional, ¿no hemos renunciado a buscar confirmaciones a nuestra tesis acerca del despilfarro en una pista tan específicamente acotada como aquella en la que ahora estamos incursionando, la de los modelos de explicación que frecuentan los historiadores? Y en segundo lugar, si el despilfarro del legado historiográfico de Bauzá se tradujo en la asunción de enfoques cada vez más "provincianos", ¿qué conexión puede establecerse entre esa pendiente y aquel "cerco estoico" que hemos asociados al recorte del horizonte interno del experimento uruguayo?

La manera menos arriesgada de compatibilizar esta incursión con el enfoque profano, consiste en reivindicar como pertinente al legado intergeneracional, no tanto las pautas indagatorias de los historiadores, en cuanto meros observadores imparciales, como "la forma de enseñar la historia" a los niños y a los jóvenes, los caminos a través de los cuales cada generación se apropia de las acumulaciones de los que la precedieron, con todos sus compromisos pendientes y sus controversias abiertas. No puedo ocultar que se trata de una respuesta elusiva, que apenas sirve para trasladar hacia delante las dificultades planteadas, ya que, en último término, el historiador profesional tampoco puede considerar completa su labor mientras no es capaz de traducir los encadenamientos precisos que ha logrado establecer en términos compatibles con aquellas perspectivas narrativas que podrían asumir actores y observadores profanos, cuyos destinos individuales y colectivos se han visto entrelazados en esas mismas secuencias. Reconozco de antemano, pues, que esa frontera trazada entre "la historia", por un lado, y "la enseñanza de la historia", por el otro, sólo puede operar como una aproximación inicial a cuenta de las aclaraciones a incorporar en el segundo orden de aclaraciones, directamente relacionadas con las pendientes de provincianismo.

Para abordar estas pendientes, conviene recordar que tanto el historiador como el observador profano están expuestos, al enfrentarse a la diversidad de horizontes temporales y espaciales en los que se inscriben los destinos y los protagonismos de los individuos y los pueblos, a dos tentaciones polarmente enfrentadas, por más que ambas terminen desembocando en enfoques provincianos. En

términos más precisos, hay dos rutas opuestas que conducen hacia dichas pendientes, una directa y otra indirecta, y ambas presentan atractivos tentadores para aquellos que, como los historiadores, viajan continuamente a través del tiempo y del espacio.

La ruta directa es adoptada por aquellos viajeros escrupulosos en preservar la diversidad idiosincrásica de los paisajes a los que se trasladan, decididos de antemano a no contaminarlos con sus propias perspectivas. Como es sabido, ese proyecto de mirar al pasado y a lo distante "con los ojos de sus habitantes", sólo puede desembocar, si se lo toma en serio, al más rotundo de los fracasos, a provocar la ceguera del observador y a estrechar innecesariamente el horizonte de los observados. La ruta indirecta, en cambio, es la que recorren aquellos viajeros que descartan de antemano la posibilidad de encontrar diversidades intraducibles en términos de más o menos de lo mismo o, dicho de otra manera, sólo dispuestos a observar aquellas variantes de la aventura humana y de su libreto que puedan formularse en términos de condiciones más o menos favorables, más o menos opresoras, etc. Tales viajeros ni siquiera alcanzan a trasladarse más allá de su horizonte: llevan a todas partes una excesiva carga de equipaje, sólo pueden residir en el mismo tipo de hoteles y están condenados a alimentarse con la misma comida internacional. Por lo mismo, terminan siendo, a pesar de su proclamada vocación cosmopolita, los más provincianos de todos los turistas: en todas partes perciben remedos y embriones de su propio paisaje nativo, conductas y mentalidades atrapadas en inercias que ellos ya han superado, etc. Y se trata de la modalidad más insidiosa y distorsionante de provincianismo, por cuanto se oculta a sí misma sus sesgos unilaterales y, pretendiendo sobrevolar las épocas, proyecta hacia el pasado y el porvenir - en forma tan ingenua como soberbia - sus propios clivajes.

El buen historiador es aquel viajero que logra eludir ambos extremos y sus tentadores atajos. Aunque no disponga de la fórmula conceptual que le permite hacerlo, en vez de saltarse la diversidad y el transcurso irreversible del tiempo, utiliza los encadenamientos y las interacciones como eslabones que le permiten recorrer distancias temporales y espaciales. Los historiadores fracasados, en cambio, terminan prisioneros de alguno de los dos cercos provincianos que acaban de ser perfilados, igualmente condenados - si bien por distintas razones - a toparse con variantes idiosincrásicas, incapaces de suscitar desafíos y contrastaciones esclarecedoras. Y su fracaso carecería de relevancia más allá de los medios académicos, si no fuera por que la historia, tal como nos lo recuerda Arthur Danto, no puede desentenderse de su incidencia realimentadora sobre el propio objeto de sus reconstrucciones narrativas: los sueños y las ambiciones de los individuos y los pueblos se entretajan a partir de la memoria viva de la aventura humana y de los legados acumulados a lo largo de sus diversas trayectorias. Que los historiadores adopten enfoques provincianos no sería demasiado grave, si no fuera por que los personajes y las acciones que ellos relatan también quedan atrapados en esas cárceles, por que nos acostumbran a visualizar, tanto sus iniciativas y testimonios, como los nuestros, como otros tantos eslabones de una cadena de transiciones redundantes y, a la vez, efímeras, incapaces de abrir nuevos trillos y dejar huellas duraderas de nuestro pasaje por el mundo. Y lo que es más decisivo, sus clivajes son incorporados al "software" de las nuevas generaciones, a través de la enseñanza de la historia a los niños y los jóvenes. Así, por ejemplo, "Hacia el final de los setenta ya existía una versión para estudiantes avanzados de enseñanza media que de alguna manera codificaba lo que debía entenderse por 'modernización', las instancias del proceso, su marco temporal y su significado histórico como ingreso definitivo del país a las formas capitalistas y a la economía internacional." ⁸

Estoy llegando al remate de esta exposición y me doy cuenta de todos los hilos sueltos que he ido dejando para su posterior anudamiento. Me limitaré a retomar, en términos muy esquemáticos, los ejes principales, dejando para otra oportunidad su tratamiento apropiado. En lo referente al legado historiográfico, la acusación a las generaciones posteriores a Bauzá de haber incurrido en despilfarros, debería solventarse a partir de un recorrido pormenorizado a lo largo de aquella

⁸ María Inés Moraes: "Dos versiones sobre las transformaciones económicas y sociales del medio rural uruguayo entre 1860-1914", en CUADERNOS DEL CLAEH, n° 83-84, pág. 219

pendiente de enfoques provincianos que se fueron incorporando a (1) los relatos de Pivel acerca del "alma nacional", a (2) las "reconstrucciones de época" de Barrán y Nahum, y a (3) los modelos explicativos frecuentados por los investigadores del Instituto de Economía. Por cierto, desde la perspectiva del cientista social resulta arbitraria esa reunión de tres invitaciones a asumir la gravitación y alcance de nuestro pasado, tan diferentes entre sí, con énfasis sobre distintos tipos de encadenamientos y que, en algunos puntos, dan lugar a conclusiones directa y explícitamente enfrentadas. Sin embargo, para la mirada profana, para "aquella historia asumida que redundaba sobre su propio devenir", las tres propuestas desembocan, desde puntos de partida y recorridos muy distantes entre sí, en parecidos cierres del horizonte interno.

En los relatos de Pivel, las peripecias y las acciones que fueron dando forma a nuestra trayectoria del experimento uruguayo, resultan deliberadamente recortadas sobre un horizonte estrictamente provinciano, centrándose exclusivamente en el entramado local de condicionamientos y de apuestas. (Si aplicamos la distinción previa entre las rutas directa e indirecta de desembocar en el provincianismo, Pivel asume explícitamente la primera). Se podría alegar que toda historia nacional es provinciana, en particular aquella que elabora con vistas a mantener vivos los legados y las lealtades cívicas y las memorias agradecidas, y más aún en el caso de un historiador que se propone "detectar y hacer resurgir todas las facetas nobles de una única alma nacional".⁹ Con todo, la cosa no es tan sencilla: los uruguayos, en vez de sentirnos halagados por que se atienda y se destaque nuestra trayectoria en todo lo que tiene ella de idiosincrásica, debemos preguntarnos si la contrapartida y el costo de esa "exclusividad" no consiste en que nuestra propia trayectoria apenas puede interesar a terceros a modo de una mera "curiosidad folklórica" para consumo del turista ocioso, o si, en términos más precisos, tales relatos autocentrados no terminan aislando a nuestros protagonismos y testimonios, impidiéndolos medirse y contrastarse en los horizontes abiertos a todas las épocas y lugares.

En el caso de "las reconstrucciones de época" de Barrán y Nahum, las cárceles provincianas que estrechan el horizonte donde se inscriben las peripecias y las conductas son de carácter temporal - aprisionan a las trayectorias y a las conductas con barrotes forjados por las circunstancias condicionantes - exógenamente configuradas - y por las mentalidades "arcaicas" predominantes en el período estudiado. Así, pues, la época y el medio resultan codificados desde la perspectiva de un observador "moderno" que ha logrado superar los atavismos y las miopías que sesgan a las conductas y les imprimen toda clase de rémoras y arrastres inerciales. Se trataba, por lo tanto, de una típica "desembocadura provinciana" de la ruta indirecta, presuntamente cosmopolita.

Ya en la misma época en que se vulgarizaban las grandes líneas interpretativas de esas reconstrucciones y pasaban "a formar parte del bagaje de prácticamente todos los cientistas sociales", sus "tesis áureas" - acerca del "latifundio improductivo", "las estructuras arcaicas" y "las pautas de comportamiento que no tenían al lucro permanente como único fin" - empezaban a resultar implícitamente desautorizadas por los avances de una nueva generación de economistas, munidos de instrumentales metodológicos mucho más ajustados y rendidores de cara al abordaje de los ritmos y las inflexiones de los procesos de acumulación de riqueza y de asignación de recursos. En realidad, tales desautorizaciones, junto con los nuevos enfoques y sus rendimientos explicativos, si bien constituyeron un avance liberador - en la medida en que restablecieron la racionalidad de los actores y liberaron a sus conductas de los barrotes de las estructuras arcaicas y de las mentalidades atávicas, no hicieron más que sustituir una cárcel provinciana por otra, sólo que ahora los nuevos barrotes condenaban al empresariado rural uruguayo al horizonte estrecho de los beneficios directos y de corto plazo.

En todo caso, la tercera modalidad de cercos provincianos no se ha impuesto ni ha logrado

⁹ En una entrevista concedida por el historiador a BUSQUEDA, citada según Javier Vázquez D'Elia: "Algunos comentarios a la HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLITICOS EN EL URUGUAY...", en CUADERNOS DEL CLAEH N° 83-84, pág. 203

desplazar a la segunda, salvo en algunos reducidos círculos de académicos especializados en la materia. Las nuevas camadas de historiadores y economistas ya están elaborando senderos interpretativos ajenos a lo que consideran los carriles tradicionales. Sólo que, a nivel de los ciclos básicos de la enseñanza, se mantiene el predominio de la versión de Barrán y Nahum sobre el pasado uruguayo, y todo indica que esa situación persistirá incambiada durante un período prolongado. Y esto último es lo que cuenta para completar - por ahora, al menos - mi enfoque profano acerca de cómo hemos administrado el legado de Bauzá.

Espero haber insinuado algunas pistas que ayuden a entender por qué no son casuales los sesgos provincianos y los horizontes estrechos que caracterizan a aquellos relatos a partir de los cuales cada nueva generación de uruguayos es invitada a recoger la herencia del pasado y prolongarla hacia el porvenir. En el peor de los casos, me queda el consuelo de que estos desarrollos sirvan para despertar alguna extrañeza con respecto a ciertos rasgos del paisaje local cuya presencia familiar los ha tornado invisibles o ha terminado de enervar nuestra curiosidad y capacidad para el asombro. En ese sentido, un contraste puede resultar muy esclarecedor acerca de aquellas dimensiones que hemos ido dejando por el camino.

Tal como ya fue señalado, en el relato de Bauzá sobre los acontecimientos locales que desembocan en la Junta del año 1808, se advierte una preocupación permanente por rescatar los múltiples hilos de antecedentes recientes y remotos, cercanos y distantes que allí se anudaron para terminar desencadenando una "pueblada" en torno al cabildo de Montevideo e imponiendo ciertos giros inéditos y decisivos a nuestras peripecias futuras. Nada más ajeno a la intención de Bauzá que lecturas de esos acontecimientos que insistan en encadenarlos estrecha y exclusivamente a su comarca y a su época, y en engazarlos como un episodio más de un libreto único y previamente configurado en sus trazos principales. ¿Cómo fue que llegamos a familiarizarnos y a "tomarle el gusto" a esas lecturas alternativas, tan provincianas como empeñadas en reducir al mínimo los márgenes de contingencia, así como los goznes de inserción viable de porvenires diversos? Me declararía satisfecho si esta exposición, a pesar de sus divagaciones y conexiones desprolijas, consiguiera llamar la atención sobre el parentesco profundo entre esa "huída frente a la contingencia y a las opciones dramáticas", por un lado y, por el otro, el entronizamiento creciente de los "incrementalismos ateóricos" y de los "gradualismos" en el horizonte interno del experimento uruguayo.